

BOLETIN DE ARQUEOLOGIA

ORGANO DEL SERVICIO ARQUEOLOGICO NACIONAL

MINISTERIO DE EDUCACION - EXTENSION CULTURAL



BOGOTA-COLOMBIA

JULIO-AGOSTO DE 1945

NUMERO 4



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

ARQUEOLOGIA

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN SOGAMOSO

Por: ELIECER SILVA CELIS

(Continuación)

Dentro del plan de investigaciones que nos hemos trazado para el presente y próximos años, últimamente fijamos la atención en la exploración de un pequeño cementerio, del cual la presente memoria ofrece las primeras y más generales noticias. Los materiales cerámico, lítico y osteológico, así como el análisis de los esqueletos, serán tratados más tarde en forma conjunta con los elementos de otras necrópolis.

SITUACION Y CONDICIONES DEL CEMENTERIO

Distante siete cuadras del centro de la ciudad de Sogamoso, y sobre el camino que de dicha ciudad conduce al sitio de “Los Solares” y a la vereda o partido de “El Mortiñal”, estaba emplazado el yacimiento arqueológico. El cementerio comprendía la casi totalidad de un pequeño lote de terreno de propiedad de la señora Mercedes Chaparro, de quien obtuvimos el permiso para trabajar, previo el pago de un arrendamiento.

El terreno de esta necrópolis, y en general el de la mayor parte de la zona arqueológica, es bastante húmedo. Además, como está dedicado a cultivo, es regado con bastante frecuencia a fin de asegurar las cosechas. La naturaleza geológica del suelo y el subsuelo del sitio arqueológico pudimos observarla en el perfil de las trincheras de explotación. El suelo está formado por un manto de humus de veinticinco centímetros de espesor. A este sucede una capa de arcilla negrusca con un espesor medio de treinta centímetros. La tercera y más profunda está constituida por arcilla amarillo-rojiza, muy consolidada. Tan pronto como se inicia

este estrato se hace muy aparente una faja de arena lavada y cantos deslavados, faja que con una anchura de tres metros cruza el subsuelo de NE. a SW. Se trata, muy probablemente, del lecho de un antiguo cauce de aguas.

EXPLORACION ARQUEOLOGICA

Aunque superficialmente el terreno mostraba muy escasos indicios de los elementos arqueológicos contenidos en él (Lámina I No. 1), practicamos una serie de sondeos valiéndonos primeramente de la “media caña”, y, después, mediante trincheras de ocho a diez metros de largo, dos de ancho y dos de profundidad (Lámina I. No. 2). Resultados de tal exploración fueron ruinas de estructuras y algunas tumbas.

Desde el primer momento nos dimos cuenta del poco espesor de la capa arqueológica y de la relativa escasez de fragmentos de cerámica, y así, lejos de poder ver cumplido nuestro propósito inicial que era el de hacer una investigación estratigráfica, procedimos a excavar el sitio por capas de quince centímetros de espesor en la extensión que juzgamos necesaria para aclarar lo relativo tanto a las estructuras como a los enterramientos indígenas. La condición plana del terreno facilitó llevar a término los trabajos en forma regular y cómoda (Lámina I. Nos 3 y 4).

En el curso de las exploraciones, en varios lugares hallamos evidencias muy claras de perturbaciones hechas en tiempos recientes por huaqueros, quienes en su afán de conseguir supuestos tesoros, cavaron en el yacimiento, con lo cual dañaron varias tumbas y borrarón por completo muchos de los cimientos de las construcciones.

RESULTADOS ARQUEOLOGICOS

I.— *Ruinas de Estructuras.*— Como antes advertimos, desde la primitiva exploración por medio de trincheras observamos muestras claras de emplazamientos de bohíos. El desarrollo de las excavaciones comprobó que en el sitio de nuestros trabajos había habido una intensa ocupación por parte de los aborígenes. A los treinta centímetros de profundidad, es decir, en la capa de tierra arcillo-negrusca, aparecieron varios huesos rellenos de tierra de descomposición vegetal, lo mismo que algunas tumbas. Naturalmente éstos fueron los elementos menos conservados. A profundidades de treinta y cinco, cuarenta y cuarenta y cinco centímetros se descubrieron los cimientos de ranchos y las tumbas en mejor

estado de preservación. También a las mismas profundidades, se hicieron aparentes pozos, excavados intencionalmente y rellenos de guijarros, cascajos o arena naturales.

Los hoyos calificados como ruinas de estructuras, contenían: unos la materia vegetal ya muy descompuesta y pulverizada, otros, en forma muy notoria, un núcleo central formado por la madera ya muy deshecha también, pero aún manifiestos los contornos del poste. En la mayoría de los casos el núcleo central estaba rodeado completamente por guijos, cascajos o arenas, formando un verdadero anillo. Asociados a los materiales que rodeaban el madero, frecuentemente registramos fragmentos de cerámica y de hueso animal, lo mismo que carbones minerales o vegetales. En trece de los hoyos o estructuras observamos evidencias muy claras de haber cremado parcial o regularmente la parte del poste destinada a ser enterrada. Además, en algunas de tales estructuras, hallamos cascajos o arenas, destinadas sin la menor duda, a afirmar y proteger el madero. Creemos que tan curiosa práctica de preservación —que se registra por primera vez en territorio chibcha-, así como la obtenida simplemente por medio de guijos o arenas, tiene una justificación en las condiciones de humedad de la tierra. La utilización de cascajos y arenas como elementos de seguridad y protección ya la habíamos encontrado en otras investigaciones⁽¹⁾.

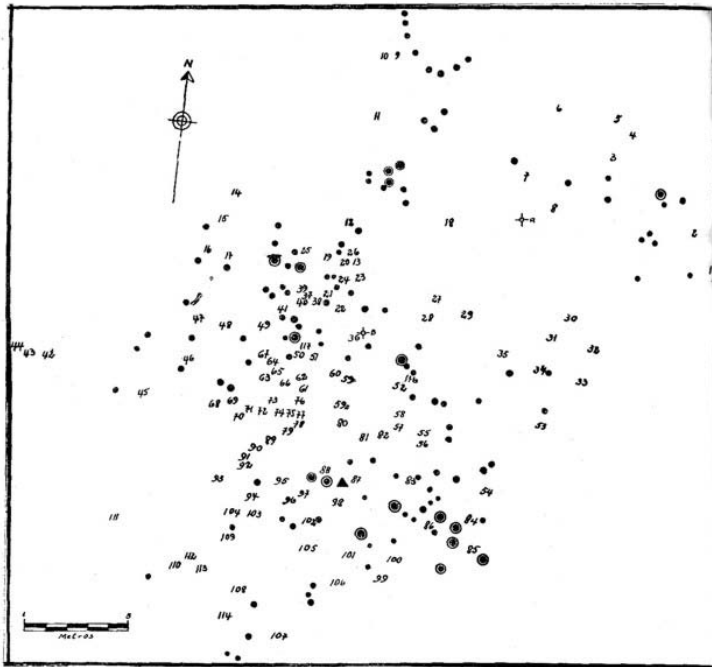
Los cimientos u hoyos en que se afirmaron los postes, aparecieron, como antes anotamos, a diferentes profundidades. De modo general, el promedio de éstas fue de 40 centímetros, tomados desde el nivel en que se hicieron aparentes. El diámetro de la gran mayoría de las estructuras es bastante reducido (26 centímetros en término medio) y, por consiguiente, los postes fueron bastantes delgados.

Puesto que el análisis de laboratorio no se ha hecho, por el momento no anotamos la especie vegetal utilizada en las construcciones hechas en este sitio arqueológico.

Para la localización exacta de todas las reliquias arqueológicas registradas, levantamos un mapa con base en dos puntos fijos o estaciones (A y B), desde los cuales, con una brújula topográfica de 0 a 360 gra-

(1) E. Silva Celis: Excavaciones Arqueológicas en Sogamoso. Boletín de Arqueología. Vol. I. Tomo I. No 1- Págs. 36-44. Bogotá, 1945. E. Silva Celis: Informe rendido al Centro de Historia de Tunja. Repertorio Boyacense. Nros. 134 y 135. Págs. 1175-1183.- E. Silva Celis: Investigaciones Arqueológicas en Sogamoso. Boletín de Arqueología. Vol. I. Tomo II. Págs. 93-112. Bogotá, 1945.

dos, fijamos el rumbo preciso de cada una de ellas; al mismo tiempo tomamos las correspondientes medidas en metros.



Volver al llamado

Fig. 1. Mapa que muestra la localización de los elementos arqueológicos descubiertos. Los números indica las Tumbas; los Círculos negros las Ruinas de Estructuras; el Triángulo, marca el entierro de Cenizas y Carbones; los círculos de blanco y negro indican los depósitos de cascajos y arenas. Los signos cruciformes A y B, son los puntos o estaciones utilizadas en la localización.

La impresión que resulta de la observación general, es la de un aparente desorden. No obstante, si se examina con atención el mapa (Fig. 1), se verá que, aunque de superficie incompleta, varios planos de forma circular o elíptica, resultan bastante claros. Entre los de forma elíptica salta a la vista uno del que hallamos ocho hoyos, de distribución regular y sensiblemente iguales en diámetro y profundidad (0.28 mts. por 0.40 mts., respectivamente, en término medio). Pensamos que el número de cimientos en el presente caso es suficiente para reconstruir el plano total y calcular aproximadamente sus dimensiones. Nosotros estimamos en 4.50 mts. el eje mayor y en 3.40 mts. el menor. Fragmentos

de madera en avanzado estado de descomposición, fueron encontrados en dos de los huecos. En dos de los centrales hallamos cascajos y arenas rodeando el núcleo central de tierra con abundante descomposición vegetal.

A hechos casuales o intencionales, ocurridos en tiempos precolombinos en relación con las construcciones, y al saqueo sufrido por el terreno en épocas recientes, atribuimos la desaparición de muchos cimientos.

Carbones de madera, lo mismo que de hulla, parcial o totalmente cremados, fueron hallados a distintos niveles, particularmente a 38 y 40 centímetros de profundidad. Sin embargo, no registramos verdaderas concentraciones de cenizas, ni tampoco hogares. Apenas sí se hicieron presentes, tierras quemadas en algunos sitios. La cerámica fue relativamente escasa: no más de dos mil fragmentos fueron recogidos.

Anotamos anteriormente el hallazgo de hoyos o pozos verticales llenos de cascajos o arenas naturales. En asocio de estos materiales varias veces observamos cerámica rota y carboncillos minerales o vegetales, pero no indicios de maderos. Esto nos hace sospechar que tales huecos tuvieron una función diferente de la de servir de cimientos de construcción. Como se puede apreciar en el mapa (Fig. 1), la distribución de estos depósitos es bastante irregular. Sus dimensiones de diámetro y profundidad variaron notablemente. Aunque las más de las veces se ven agrupados de a dos, tres y cuatro, por el momento es difícil prever la finalidad a que fueran destinados.

II.— *Inhumaciones*. — Las inhumaciones registradas en nuestro cementerio alcanzaron la cifra de 118. Todas las fases de la vida estuvieron representadas: adultos, 94 (79.66%); jóvenes, 3 (2.54%); niños, 21 (17.79%). El número de jóvenes resulta demasiado pequeño. Es posible que por el avanzado estado de destrucción de varios esqueletos clasificados como adultos, hayamos incluido entre ellos algunos sub-adultos. De no haber sufrido el cementerio profanaciones por parte de huaqueros, evidentemente el número de cadáveres registrado hubiera sido mayor. Durante las excavaciones hallamos numerosos huesos humanos tanto de adultos como de niños extraídos de su sitio primitivo.

Debido al drenaje continuo del terreno y a los trabajos agrícolas, las tumbas más superficiales sufrieron considerablemente, de suerte que de ellas fue bien poco el material osteológico recogido para el estudio de laboratorio. Los esqueletos mejor conservados fueron los encontrados en la capa de arcilla amarillo-rojiza. Las señales de localización de las tumbas en este estrato eran tan poco aparentes que hubo necesidad de

emplear una serie de trucos remojados sucesivos del suelo, raspados, etc., para encontrarlas. Encontramos carbones minerales y vegetales y algunos fragmentos de cerámica en estos recintos funerarios, asociados a la tierra de relleno. Las tumbas más superficiales, o sea aquellas localizadas a profundidades de 30, 35 o 40 centímetros, fueron cubiertas con tierra arcillosa negra en la que, en forma más abundante, registramos cerámica rota, carbones minerales y vegetales. Lo mismo que lascas de pedernal y residuarios de cocina. En ninguna de las sepulturas hallamos muestras de tejidos o impresiones de ellas.

Para la localización de los sepulcros en el mapa se procedió con el mismo sistema empleado en las estructuras y depósitos de cascajos y arenas: fijado el rumbo exacto del centro de cada uno de ellos, se tomaron el ángulo y la medida a la estación respectiva. La dirección de la cabeza y los pies de cada inhumación se registró con una brújula de bolsillo. La determinación precisa del sexo en material osteológico ha sido y continúa siendo uno de los problemas más serios con que siempre tropieza un antropólogo físico. Debido al mal estado de conservación en que hallamos la mayoría de los esqueletos, la clasificación por sexos se ha dificultado extraordinariamente. Los datos exactos serán presentados cuando hayamos hecho un detenido análisis de los huesos en el laboratorio.

De los 118 cadáveres exhumados en nuestro cementerio, 103 (87.29%) fueron precisados en cuanto a su forma de disposición en la tumba, así:

	No.	Porcentaje		No.	Porcentaje
Flexión	(102)	99.02	Extensión....	(1)	(0.97)
Decúbito dorsal...	5	4.9	Dorsal.....	1	0.97
Decúbito lateral derecho.	16	15.68			
Decúbito lateral izquierdo	9	8.82			
Posición sentada.....	72	70.58	Desconocida.,	1512.71	

La flexión del cuerpo es, pues, casi ciento por ciento. La forma de disposición del muerto ofrece algunas variaciones, aunque existe de todas maneras una notable preferencia por la postura sentada. Algunos de los cuerpos fueron de tal manera plegados que, sin riesgo de mayor equivocación, uno se siente tentado a sospechar que la flexión de los miembros haya sido hecha con la ayuda de fajas o cuerdas para obtener un volumen tan pequeño que cupiera en pozos de tan reducido diámetro (0.35 mts. y 0.38 mts. Lámina IV. Nos. 2-3 y 4). La flexión en la

posición de decúbito es menos rígida en general, aunque hay casos en que el poco espacio ocupado por el cadáver no es menos sorprendente (Láminas II. No. 1; III, Nos. 2 y 4).

En la posición de decúbito, la cabeza fue orientada, con relación al tronco, en las siguientes direcciones y proporciones ⁽¹⁾:

Cabeza al	No.	Porcent.	Cabeza al	No.	Porcent.
Norte.....	2	6.45	Sur.....	2	6.45
Nordeste.....	6	19.35	Suroeste.....	3	9.67
Este.....	8	25.81	Oeste.....	5	16.12
Sureste.....	5	16.12	Noroeste.....	0	0.00
				31	99.97

La dirección más favorecida corresponde a los ángulos de la derecha, como lo indican las cifras de los cuadrantes nordeste (N., NE., E) y sureste (S., SE., E.), cuyos porcentajes son de 51.61 y 48.38, respectivamente. Los cuadrantes de la izquierda fueron menos preferidos. Así se ve que el suroeste (S., SW., W.), muestra un porcentaje de 32.24, mientras que el noroeste (N., NW., W.) apenas da un valor de 22.57.

Con relación a la posición vertical sentada, las cifras del cuadro siguiente no son menos interesantes:

Cabeza al	No.	Porcent.	Cabeza al	No.	Porcent.
Norte.....	4	5.55	Suroeste.....	1	1.38
Nordeste.....	5	6.94	Oeste.....	2	2.77
Este.....	12	16.66	Noroeste.....	3	4.16
Sureste.....	1	1.38			
Sur.....	4	5.55	Indeterminada....	40	55.55
				72	99.94

En nuestro cementerio la posición sentada fue la menos favorable a la conservación del esqueleto. Con la presión de la tierra, una vez perdidas las carnes, el andamiaje óseo sufrió considerablemente, de suerte que muchos de los huesos se desarticulaban para ocupar la más extrañas posiciones. De ahí que en un alto porcentaje de esqueletos no hayamos podido determinar la orientación.

(1) Incluimos aquí el caso de postura extendida o casi extendida del cuerpo, cuya cabeza estaba orientada al Oeste.

Si prescindimos de los casos no clasificados (40), los 32, con sus respectivos porcentajes revisados, podemos representarlos en el siguiente diagrama, así:

Como se observa en el diagrama (Fig. 2), la cabeza fue orientada hacia los más variados puntos del compás. Sin embargo, como en el caso anterior, la predilección por los ángulos de la derecha es muy notoria. En tanto que las cifras de los cuadrantes nortes (N., NE., E.) y sureste (S. SE., E.) muestran valores de 65.6 y 53.1, respectivamente, los correspondientes porcentajes de los cuadrantes de la izquierda (S., SW., W.; N., NW., W.), apenas son de 21.8 y 28.0.

Una de las tumbas del cementerio que estudiamos contenía un cadáver en una posición que nosotros calificamos como extendida, a pesar de las circunstancias ocurridas en el momento de la inhumación. El muerto ocupaba un sepulcro de forma elíptica, labrado en la capa de

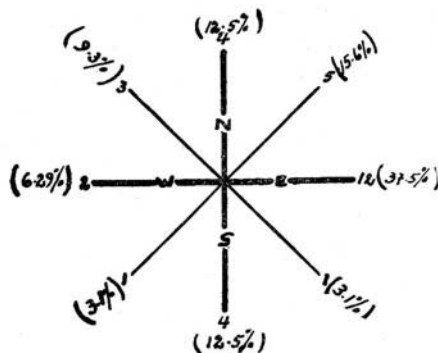
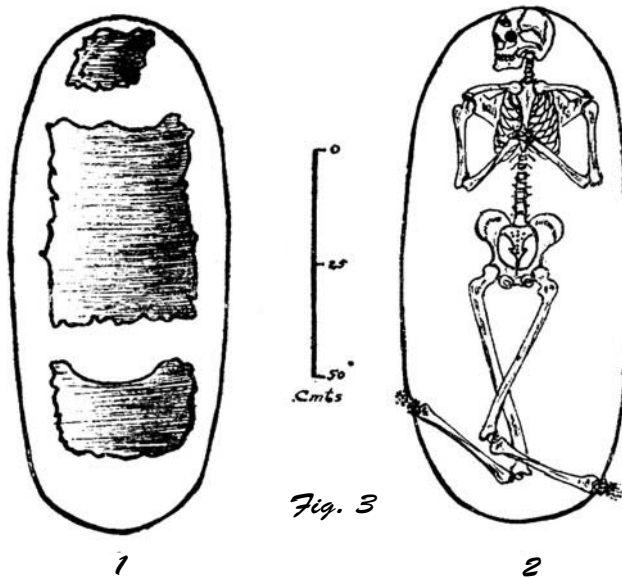


Fig. 2. Orientación de 32 cadáveres en posición sentada.

arcilla amarilla. La cabeza marcó el rumbo Oeste y tenía dirigida la mirada al SE. El tronco descansaba en correcta posición dorsal, y los brazos, doblados en ángulo, reposaban sobre el pecho. Extraña a primera vista parecerá la colocación de los miembros inferiores (Fig. 3. No. 117 del mapa): el muslo, algo cruzado sobre el derecho, formaba un ángulo recto con el doblar de la pierna; el muslo derecho, con el forzado doblamiento de su respectivo segmento tibial, marcaba un ángulo agudo. El cruzamiento de los muslos y la semiflexión de los segmentos tibiales, los atribuimos a la insuficiencia de espacio de la tumba, pues el eje

máximo de ésta apenas alcanzaba a 1.16 mts. La intención de disponer el muerto completamente estirado no nos deja duda (Fig 3. 2).



Bajo los restos humanos registramos una capa de cenizas y carbones vegetales, abundantes principalmente en la parte correspondiente al tronco y a la cabeza. Casi directamente puestas sobre el cadáver aparecieron tres piedras de tamaño regular (Fig. 3.1): la una era un fragmento de piedra de moler o metate (0.40 mts. por 0.38 mts.) colocada sobre los miembros inferiores; cubriendo la mayor parte del tronco, se halló la segunda, que era una losa rectangular (0.50 mts. por 0.45 mts.); la tercera correspondía a la cabeza. Los vacíos dejados por estas tapas, así como el espacio libre del recinto funerario estaban rellenos con arcilla amarilla, en la que observamos abundantes carbones de madera.

La posición extendida del muerto es la primera vez que la registramos en los cementerios precolombinos de Sogamoso. Su presencia es muy sugestiva, tanto más cuanto que entre los ocho o nueve centenares de tumbas excavadas hasta el momento, tal forma de enterramientos parece ser algo extraña dentro del inveterado sistema inhumatorio con

flexión de los miembros. Sin embargo, anotamos que el nivel a que se realizó el sepelio, la forma de la tumba y la ausencia de ajuar funerario, son detalles bastante repetidos en nuestra necrópolis. De las investigaciones próximas esperamos mejores y más abundantes luces para el esclarecimiento de este problema.

La flexión de los miembros en la posición de decúbito en muchos casos es tan perfecta como en la sentada (Láminas: II. 1-3; III. 2-3 y 4; IV. 1. Nos. 22, 60, 27, 50, 30 y 26 del mapa). Los muslos y las piernas, generalmente juntos, van contra el pecho; los pies, igualmente unidos, se sitúan contra los innominados. En la flexión y disposición de los segmentos braquial y antebraquial, las manos son llevadas sea a las rodillas (Lámina II-2), al pecho (Lámina III-1; IV-1), sea a la raíz del cuello o a la cara (Láminas II-3-4; III. 2, 3, 4). Hay casos en que los brazos, un poco doblados sobre el tronco, dirigen las manos hacia los pies por debajo de las piernas. En ocasiones la cabeza también fue doblada hacia abajo y contra el pecho, como puede apreciarse en las ilustraciones.

El sistema flexatorio de nuestros indios es aun más sorprendente en la postura vertical sentada. El espacio tan reducido de la mayoría de las tumbas, nos lleva a pensar, como ya lo anotamos, que para el perfecto plegamiento debieron servirse de fajas o cuerdas que sujetaran brazos y piernas contra el pecho. En términos generales, los miembros inferiores y superiores fueron doblados de manera idéntica a como se operó con los cadáveres dispuestos en decúbito (Lámina IV. 2, 3, 4).

Cuatro tumbas de corte oval o elíptico y una de forma de pozo (Nos. 50, 52, 64, 117) mostraban, al lado del cadáver, piedras medianas irregulares, situadas a los pies, a la altura de los hombros o muy cerca de la cabeza. Entre las mencionadas piedras aparecieron fragmentos de manos de moler (Lámina III. 3, No. 50 del mapa).

En dos tumbas de pozo (Nos. 35 y 49), correspondientes la primera a un niño de muy corta edad, y a un adulto la segunda, hallamos sendas losas de piedra dispuestas de canto sobre el cuerpo, que fue desarticulado por el peso de ellas. En el caso del niño, la losa era ligeramente regular, no mostraba huellas de haber sido canteada y medía 30 centímetros de largo por 26 de ancho. En el del adulto, una losa gruesa (0.30 mts. de espesor), redonda (0.64 mts de diámetro), fue hallada en exacta posición vertical sobre el cadáver, que lo dividió en dos partes. La piedra ocupaba el centro del pozo, en el que se ajustaba perfectamente. (Fig. 4).



Fig. 4. Loza de piedra colocada de canto sobre el cadáver. Tumba

Sospechamos que tanto en el caso del niño como en el del adulto, la disposición de las losas haya sido intencional, pues de haberlas utilizado en las tumbas como tapas –que por una causa cualquiera hubieran descendido–, habrían quedado desviadas en forma algo semejante de cómo lo hemos observado en otros sitios arqueológicos de Sogamoso.

En una tumba de pozo (No. 32) correspondiente a un adulto, encontramos dos piedras de moler; una entera (0.44 mts. por 0.32 mts.) y otra fragmentada y muy gastada por el uso (0.40 mts. por 0.32 mts.); estaban muy próximas la una de la otra y colocadas de canto, no directamente sobre el cadáver como en los casos anteriores, sino sobre una de las capas de relleno de la fosa. En realidad esto no es más que una variante de los registros ya mencionados.

La forma de la tumba está en relación con la disposición del muerto. A la posición de decúbito corresponde, sin excepción, una fosa oval o elíptica, y un poco vertical, a la sentada. En ambos tipos las dimensiones de la sepultura son bastante reducidas y, en ocasiones, menos que suficientes para contener el cadáver con los miembros plegados. En las fosas ovales o elípticas las cifras medias, correspondientes a los ejes mayor y menor, son de 0.75 mts. y 0.53 mts., respectivamente. El diá-

metro medio de las sepulturas de pozo es de 0.47 mts. Las inhumaciones de niños se hicieron en su mayoría en pequeñas tumbas de pozo. El diámetro medio de éstas es de 0.36 mts.

En varios sepulcros de forma de pozo u ovals registramos arcillas amarillas o rojizas, al parecer ligeramente amasadas, unas veces en contacto directo con los despojos humanos, otras revueltas con la tierra de relleno, o ya coronando los bordes externos de los recintos funerarios como para asegurar su contenido o borrar la huella del enterramiento. Asociados a la tierra contenida en las fosas aparecieron, con bastante frecuencia, fragmentos de cerámica, lascas de pedernal, carbones minerales y vegetales y en ocasiones, cenizas. La abundancia de estos materiales en algunas tumbas de pozo fue tan notoria, que ellas parecían haber sido cubiertas casi exclusivamente con basuras o despojos de cocina.

Dos tumbas de pozo (Nos. 59 y 80) y una de forma elíptica (No. 33), correspondientes a cadáveres de adultos, y dos igualmente de pozo pero destinadas a niños (82 y 87) estaban clausuradas con losas de piedra ligeramente canteadas. En todos los casos las piedras conservaban su posición horizontal original.

Una de las características de nuestro cementerio fue su extremada pobreza. De las 118 inhumaciones, sólo en diez (8.4%) registramos algunos objetos. El cuadro de la página siguiente presenta los detalles más generales e importantes relativos a las tumbas en que se registró algún ajuar funeral.

III.— *Entierro de cenizas y carbones.*— Uno de los hallazgos más curiosos en nuestro cementerio fue el caso del enterramiento de cenizas y carboncillos colocados dentro de un fragmento de cerámica. El tiesto con tal contenido se halló, en posición enteramente natural, en el fondo de un pozo semejante a los destinados a los muertos. Las cenizas y carbones que lo llenaban estaban sometidos a gran presión por la tierra de cubierta del pozo. El pedazo de cerámica corresponde a la base de una vasija globular y muestra huellas de pintura roja, ya bastante desvanecida por el fuego. El pozo, cuyos diámetro y profundidad son de 0.35 mts. y 0.45 mts., respectivamente, estaba clausurado perfectamente por una losa de piedra de 0.08 mts. de espesor por 0.38 mts. de largo y 0.30 mts. de ancho.

Aunque no hemos realizado el correspondiente análisis de laboratorio, sospechamos que los restos cremados sean de materia vegetal.

Inhumaciones con asociación de objetos

No.	Edad	Sexo	Asociación de objetos
42	adulto	masculino (?)	Una olla tosca, de forma globular, ennegrecida por el fuego. Un fragmento de aguja de hueso animal (venado?). Dos cristales de cuarzo exaédricos, al parecer trabajados.
49	adulto	masculino (?)	Una mano de moler con señales de largo uso (0.30 mts. por 0.10 mts.).
58	niño	(?)	Dos manos de moler medianas (0.20 mts. por 0.10 mts. y 0.25 mts. por 0.10 mts. respectivamente), con muestras de bastante desgrase.
64	adulto	(?)	Una olla globular de seis asas, rota pero restaurable. Ofrece señales de haberla puesto al fuego.
69	adulto	(?)	Una esmeralda pequeña, sensiblemente cilíndrica.
70	adulto	masculino	Una tasa de barro cocido, pequeña, tosca y de base cónica.
74	adulto	(?)	Un tortero de piedra con estilizaciones geométricas grabadas y rellenas de pasta blanca.
76	adulto	(?)	Tres torteros de piedra con motivos geométricos grabados y rellenos de sustancia blanca.
79	adulto	(?)	Una olla globular mediana, fragmentada pero restaurable. Una nariguera de oro, mediana y de forma de media luna.
93	adulto	(?)	Una olla mediana rota pero restaurable y de forma de media luna. Ofrece señales de haberla puesto al fuego.

Volver al llamado

NOTAS FINALES

No obstante las serias perturbaciones sufridas por el terreno en tiempos recientes, en la presente investigación fueron logradas evidencias bien claras en orden al tipo de arquitectura y a las costumbres y ritos funerales de los aborígenes de Sogamoso.

El sentido conservador o previsorio que los humildes constructores prehispánicos pusieron en práctica para asegurar la duración de sus ran-

chos, y que ya en otras publicaciones establecimos ⁽¹⁾, es ahora ampliado y confirmado. Igual cosa podemos agregar con relación a la forma de las superficies de ellos.

El registro hecho ahora, por primera vez en territorio chibcha, de materia vegetal parcialmente cremada ocupando el núcleo central de varios hoyos, que seguramente fueron basamentos de bohíos, lejos de ser, como se pudiera presumir, efectos de incendios, nos hace pensar, con muchas probabilidades, que ya en tiempos precolombinos el sistema de preservación de la madera por medio del fuego estuvo en uso entre los nativos de este lugar.

El tamaño de los cimientos u hoyos indica que las construcciones fueron mucho más rudimentarias y pobres que las señaladas por estructuras de dimensiones mayores en otros sitios arqueológicos de Sogamoso.

Aunque el distinto nivel a que aparecieron tanto las ruinas de las construcciones como los enterramientos parece indicar dos momentos o períodos diferentes de ocupación, por el momento nos abstenemos de fijar toda sospecha hasta tanto haya sido hecho un estudio tipológico de la cerámica con base en la estratigrafía, que venga a proporcionarnos mejores y más seguros datos.

Nuestros indios practicaron, sin ningún orden aparente, el sepelio de sus muertos en la proximidad de las viviendas, y hay fuertes indicios de inhumaciones realizadas en el subsuelo de bohíos. A este respecto, una atenta observación del mapa es por demás instructiva.

Aunque es presumible que el enterramiento de cenizas y carbones sea el ejemplo de una práctica ritual, de la cual –si bien no conocemos exactamente la significación por la escasa documentación obtenida hasta ahora-, los casos registrados en dos de la otras necrópolis ⁽²⁾ fuesen una variante, o a la inversa, nosotros ofrecemos escuetamente los datos pertinentes a este hallazgo arqueológico.

La peculiar disposición de canto de piedras directa o indirectamente colocadas sobre el muerto es la primera vez que se registra en el país chibcha. El posterior examen de otros casos aclarará el sentido de esta costumbre que en el momento la vemos oscura.

(1) E. Silva Celis: Obras citadas. Pág. 36-44; 1175-11-83; 93-112.

(2) E. Silva Celis: Investigaciones Arqueológicas en Sogamoso. Boletín de Arqueología. Vol. I. Tomo II. Pág. 108.

En correspondencia con el carácter rudimentario y pobre de las construcciones está la escasez de elementos de cultura material y la relativa ausencia de ofrendas funerarias.

Con relación a los hábitos inhumatorios, la documentación obtenida en nuestra necrópolis es preciosa. La flexión completa de los miembros es general. En decúbito dorsal, lateral derecho e izquierdo, así como en la postura sentada, los miembros inferiores fueron doblados y llevados contra el pecho, mientras que los talones muy juntos, se aproximaron a las nalgas. En la posición de decúbito, los brazos doblados en ángulo, van contra el pecho y llevan las manos sea a la cara, a la quijada o ya sobre las rodillas. En la postura sentada la flexión de los segmentos braquial y antebraquial es aún más perfecta.

Una nota característica que se puso de manifiesto en el cementerio fue el cuidado general observado con los muertos. Sin excepción alguna, y aunque de construcción y forma muy sencillas, a todos se les cavó la tumba en que debían ser colocados.

En el plegamiento del cuerpo y en la tendencia, bien acentuada, de disponer los cadáveres con la cabeza dirigida hacia los ángulos de la derecha, posiblemente habrá que considerar, como fuerzas impulsoras, consideraciones de orden práctico, nativas creencias o ritos, cuyo carácter esotérico o íntimo no es posible fijar por ahora, pero que el avance de los conocimientos podrá esclarecer en los días del porvenir.



1



2



3



4

Sogamoso.- 1 Panorama del terreno antes de los trabajos. –
2 Exploración por medio de trincheras. – 3 y 4 Procesos de la
excavación.



1



2



3



4

Sogamoso. – Disposición clásica del cadáver con flexión de los miembros: 1, de costado derecho. 2, de costado izquierdo. 3 y 4, de lado izquierdo.



1



2



3



4

Sogamoso. – Disposiciones clásicas del cadáver con flexión de los miembros: 1, 2 y 3, Decúbito dorsal. 4, Lateral derecho.



1



2



3



4

Sogamoso. – Disposiciones clásicas del cadáver. – 1, De costado derecho. 2, 3 y 4. Posición sentada del cadáver en tumbas de pozo. Nótese en 3 el equipo funeral.

E T N O G R A F I A

L O S P A N C H E

LECCIONES PARA PRIMEROS CONOCIMIENTOS

Por: BLANCA OCHOA SIERRA

Localización:

En tiempos de la Conquista este pueblo ocupaba la región comprendida entre el Guarinó y el Río Negro al norte, hasta el Fusagasugá y el Coello al Sur; desde el territorio chibcha al Este, hasta la Cordillera Central al Oeste. Estaban asentados, pues, en ambas riberas del río Magdalena, ocupando parte de la región occidental y de la oriental de los Departamentos de Cundinamarca y Tolima, respectivamente. Los pueblos con los cuales colindaban eran: Pantagora y Colima al Norte, Chibcha al Este y Pijao al Oriente y al Sur. (Lámina I).

Estaban emparentados con los Pantagora y Pijao cuya cultura ofrece muchas semejanzas. El Profesor Paul Rivet enumera las siguientes tribus pertenecientes al pueblo Panche: Mariquitán, Ouíme, Lumbí, Honda, Gualí, Tocaima, Ibagué, Doyma, Combaima, Guacan, Guatequé, Calamoina, Calaima, Bocamene, Orita, Metaima, Panchigua, Chapaima, Lutaima, Lachimi, Siquima, Xaquima, Conchina, Iqueima, Anapuima y Calandayma. Según el mismo autor el pueblo Panche puede ser considerado como perteneciente a la cultura Karib. A dicha conclusión llega después de un serio y detenido estudio sobre la influencia Karib en Colombia, tanto en el aspecto lingüístico como en el de diferentes elementos culturales, propios de esta cultura y que son frecuentes en algunos pueblos de Colombia. Con relación a los Panche se tienen: en cuanto a la lingüística, la terminación “ima” tan abundante en la toponimia de todo su territorio y propia de la lengua karib. En cuanto a elementos cultura-

les, es frecuente el entierro secundario de urnas funerarias, la deformación muscular de la pantorrilla y de los brazos; los labios horadados; el uso de macanas y cerbatanas, etc.

Medio geográfico

Tierras fragosas con altas montañas cuyas lomas muy pendientes y escarpadas descienden hacia los valles, fértiles en general, y surcadas por numerosos y caudalosos ríos en los que abundan los peces de diferentes clases. Contaban con gran variedad de animales de caza principalmente curíes, conejos, perdices, tórtolas, palomas, puercos de monte, etc. En cuanto a la flora, dada la feracidad del terreno, siempre se han producido de excelente calidad, todos los frutos propios de este clima. En los bosques existen gran variedad de maderas finas. El subsuelo ha sido rico en minerales, principalmente en oro, cuya abundancia animó a los conquistadores a penetrar en aquellas tierras fragosas y quebradas. Hay, además, yacimientos de azufre y fuentes de aguas saladas y termales con propiedades medicinales. El clima es intertropical. En los valles hay altas temperaturas. De las montañas soplan vientos locales y secos que refrescan y hacen un poco más suave el ardiente calor propio de casi toda la región.

Este es, a grandes rasgos, el medio en que se desarrolló el pueblo Panche que conquistadores, encomenderos y doctrineros subyugaron, despojaron y exterminaron casi por completo y cuyos descendientes, mestizados con los pueblos conquistadores y colonizadores, conservan hoy muchas de sus cualidades físicas y morales.

Tipo físico

Según los cronistas, se caracterizó el pueblo Panche por hombres bien conformados, robustos, de elevada estatura y reciamente musculados. Rostro fuerte con pómulos salientes y nariz curvada (Lámina III). Siempre altivos y arrogantes, en todo momento expresaban el valor que los caracterizó. Para sus enemigos ofrecían un marcado aspecto de ferocidad, que era aún más acentuado por la deformación antero-posterior de la cabeza y la muscular de brazos y piernas, así como por la pintura corporal.

Vestidos y adornos

Iban desnudos; algunas veces usaban cubre-sexos, especialmente las mujeres. En los brazos y piernas llevaban ligaduras, que a la vez que les

servían de adorno, producían la correspondiente deformación muscular. En el cuello y en la cintura acostumbraban sargas de dientes humanos y de animales, y en la cabeza variados y vistosos penachos de plumas. Lucían hermosas narigueras y orejeras de oro.

Acostumbraban pintarse el cuerpo, unas veces con una sustancia vegetal negra, muy resistente, que obtenían del jugo de unos frutos, y otras, con bija, sustancia vegetal roja. Con frecuencia utilizaban ambos colores para decorarse con variados y artísticos dibujos. La sustancia vegetal negra la utilizaban además para teñirse los dientes.

Habitación

Unos pocos bohíos constituían la población, que se establecía en las partes altas de las lomas cuyas cuchillas fuesen las más inaccesibles, a fin de que el sitio escogido fuese de fácil defensa y difícil acceso. El camino que a ellas conducía era estrecho y en él hacían a trechos anchos y profundos hoyos, en cuyo fondo clavaban estacas para que los que ignorasen el secreto cayeran en ellos y perecieran heridos por las puntas de las mismas. La mayoría de las tribus no tenían residencia permanente, sino que se establecían temporalmente en los sitios que juzgaban más convenientes y propicios; allí tenían sus sembrados y habitaciones, los que abandonaban luego para establecerse en otro sitio, según lo determinaban las necesidades económicas y las circunstancias de guerra. Así, por ejemplo, en ciertas épocas del año en que subía mucho pescado por el río Magdalena y sus afluentes, se trasladaban a estos ríos familias y tribus enteras en busca de pesca, y casi nunca regresaban al lugar de partida. Las tribus vivían libres de toda sujeción que no fuera la de su propio cacique.

Utensilios

Debido a los pocos estudios arqueológicos que se han hecho en la región y a la escasa información que dan los cronistas, es relativamente poco lo que se conoce al respecto. Emplearon cuernos y caracoles como instrumentos musicales; morteros y manos de moler; alisadores para el pulimento de la cerámica; punzones para su decoración; cuchillos de piedra y de madera; y, en general, todos aquellos elementos que el medio y las necesidades de su vida hacían indispensables.

Armas

Las más usadas fueron: arcos, macanas, lanzas, picas, mazas, hondas, cerbatanas, galgas y escudos.

Con los arcos disparaban flechas envenenadas. Durante la lucha, cuando éstas se agotaban, disparaban en su lugar palos. Con la cerbatana lanzaban zaetas envenenadas y emplumadas a fin de que saliesen con más fuerza, y velocidad. Con las hondas, que eran manejadas con gran destreza y precisión, arrojaban piedras. Las lanzas era de chonta o de madera muy fina, enastadas en maderos apropiados. Las macanas, de grandes dimensiones y resistencia, hechas de madera muy fina y bien labrada. Las picas largas, hasta de 25 palmos y provistas de puntas bien afiladas. Las mazas eran fuertes y todo guerrero las llevaba colgadas al hombro para utilizarlas en el momento en que el enemigo se acercase suficientemente. Las piedras, abundantes en toda la región, fueron utilizadas como arma: montones de piedras lisas eran amarradas en mochilas o zurrones y luégo despeñadas con gran fuerza sobre el enemigo desde lo más alto de las lomas. Otro tanto hacían con grandes piedras, llamadas galgas y que constituyeron un arma muy eficaz en la lucha contra los españoles.

Agricultura

Eran aficionados a la caza y a la pesca que les brindaban los bosques y los ríos y de las cuales derivaban gran parte de su subsistencia. La agricultura, que constituyó otra de las bases de su economía, a pesar de la feracidad de la tierra no alcanzó el mismo desarrollo que entre otros pueblos de carácter sedentario. Cultivaron especialmente maíz, algodón, piña, yuca y aguacate. Fueron además recolectores de frutos y raíces y apreciaban y utilizaban la miel que sacaban de las colmenas criadas en las grietas de las rocas y en los árboles.

La gran feracidad de la tierra y la facilidad de escoger diferentes sitios en dónde establecerse, contribuyeron mucho para que no se desarrollara una técnica avanzada en el ramo agrícola.

Alfarería

La cerámica, como puede deducirse de los pocos ejemplares que se encuentran en el Museo Nacional de Arqueología en Bogotá, alcanzó gran perfección, tanto en la técnica de confección como en la decoración y en la forma. Predominaron la forma cónica y la semiesférica, combinadas entre sí. La decoración se presenta incisa o pintada y, frecuentemente, combinadas ambas técnicas. Los relieves constituyen parte muy importante en la decoración de las vasijas. Según su utilización se distinguen:

- a) Vasijas que debieron haber sido empleadas para el uso diario;
- b) Piezas especiales cuya decoración y confección cuidadosas indican un empleo diferente. (Lám II. 1. 2. 4).
- c) Urnas funerarias destinadas para depositar los huesos y algunos utensilios propios del difunto en el entierro secundario (Lám II. 3); y,
- d) Torteros o volantes de huso. (En Guataqué, Nariño y Viotá (Departamento de Cundinamarca) el señor Alejandro Carranza encontró dentro de urnas funerarias, a más de restos humanos y utensilios de piedras, como morteros, gran cantidad de volantes de huso. El doctor G. Falla, en la hacienda Jericó, región de Iqueima, en una sola tumba halló 24 urnas, algunas hasta de un metro de altura, que contenían igualmente restos humanos, utensilios de piedra y volantes de huso (Lám II. 5).

Hilados

Se sabe que hilaban el algodón, y prueba de que lo hacían es la presencia de volantes de huso dentro de las urnas que se han encontrado.

Metalurgia

Trabajaron el oro con el que hacían hermosos objetos que les servían tanto para adornarse como para el comercio de intercambio con otros pueblos.

Comercio

Tenían intercambio con los pueblos vecinos, principalmente con los de tierra fría a los que suministraban los productos que su territorio no podía darles, tales como algodón. Este y el oro les servían para cambiarlo a los chibcha, principalmente por sal. El mercado con dicho pueblo se efectuaba en tierra de los indios Poima.

Usos y costumbres

Todos los habitantes de un mismo pueblo eran considerados como hermanos. El grupo era exógamo y sólo podían casarse con los de un clan que no estuviese emparentado con el suyo. El primer hijo tenía que ser siempre varón; si era mujer, la mataban y continuaban matándolas hasta quien naciese un hombre, pero “si del primer parto nacía varón, aunque después siguieran naciendo mujeres, no mataban a ninguna”. Cuando un indio quería casarse, tan pronto nacía una niña la pedía a la madre, dándole un collar de pepas en cambio. En esta forma quedaba

celebrado el matrimonio. La niña permanecía en poder de la madre, hasta que, llegada a la pubertad, era entregada definitivamente al marido.

Era frecuente entre ellos la deformación antero-posterior del cráneo, la que conseguían poniendo la cabeza del recién nacido entre dos tablillas que colocaban, una en la frente desde el nacimiento de la nariz hacia arriba y otra en la región occipital; las ataban por los extremos apretando fuertemente hasta hacer subir la cabeza y aplanarse la frente y el occipital.

Acostumbraban, además, deformarse los músculos de brazos y piernas, atando fuertes ligaduras en las partes superior e inferior de la pantorrilla y del brazo. Esta deformación, lo mismo que la de la cabeza, constituía para ellos una gran belleza. Llevaban perforado el tabique nasal y las orejas. Los guerreros se horadaban los labios y el borde de las orejas. Acostumbraban el pelo recortado en la frente, y hacia atrás les caía sobre la espalda. Había hombres preparados especialmente para la guerra, como los guecha de los chibcha. Como trofeo guardaban collares de dientes, y cráneos de sus enemigos vencidos, los que ennegrecían con un betún especial; en las órbitas les colocaban una pepas negras brillantes. Dichos cráneos los colgaban en las puertas de sus casas.

Eran antropófagos. Los enemigos vencidos era aprisionados y devorados más tarde en las fiestas que acostumbraban celebrar. Algunas ocasiones los sometían a atroces tormentos, como atarlos a un árbol, y en medio de gran gritería cada uno iba cortándole pedazos de cuerpo. Durante la lucha, cuando el calor y la sed aumentaban, despedazaban los cadáveres enemigos y bebían su sangre.

Astutos y dobles cuando se trataba del enemigo, los Tocarema fingieron ser amigos y aliados de Gonzalo Jiménez de Quesada, en tanto que facilitaban a los otros pueblos Panche el acceso al territorio Chibcha y los mantenían informados de todo.

Envenenaban las puntas de las flechas, dardos y zaetas con una sustancia que preparaban con el veneno de serpientes y animales ponzoñosos, cuyos efectos eran siempre mortales, cuando la herida no era curada oportunamente. Para ensayar el veneno, hacían la experiencia en una mujer vieja o en un animal y “si moría luégo, lo tenían por bueno”.

Era frecuente entre ellos el entierro secundario en grandes urnas funerarias hechas de arcilla y decoradas con un gran sentido artístico, como puede observarse en el dibujo con que se ilustra este estudio. En estas urnas colocaban, a más de los huesos, diversos utensilios de piedra y torteros de arcilla.

Guerras

Pueblo esencialmente guerrero, vivía siempre preparado para resistir los ataques de los enemigos o para penetrar en territorios vencidos, los que dejaban totalmente asolados. Dichas incursiones las hacían principalmente en territorio Chibcha.

A la guerra marchaban sosegados, en perfecto orden y disciplina. El ejército se dividía en dos alas: derecha e izquierda y cada una en batallones caracterizados por el arma empleada. Las alas del ejército se componían de los flecheros, los que también se mezclaban con los del batallón formado de hombres armados con picas. En los extremos derechos de la vanguardia y de la retaguardia estaban los honderos y en los izquierdos, guerreros con pavese y dardos. Mezcladas en el ejército iban las mujeres, llevando flechas, dardos y algunas armas. Estaban siempre alerta para actuar en el momento preciso, cargando las armas. Entre honderos y darderos de vanguardia y retaguardia se mezclaban muchos indios con cerbatanas. El sonido de cuernos y caracoles, unidos a gran vocería, anunciaba el comienzo de la lucha.

Atacaban con toda furia y valentía; la tierra bañada en sangre los envalentona más, metiéndose sin ningún temor por entre las armas de sus enemigos. La muerte del jefe los desconcertaba y los hacía abandonar la lucha aun cuando en ella llevaban ventaja.

Para hacer frente al enemigo acostumbraban formar federaciones de varios pueblos.

Estrategia

En aquellos lugares por los cuales la penetración en su territorio era más fácil, tenían numerosos y permanentes espías, razón por la cual vivían siempre prevenidos y en conocimiento de los planes del enemigo. Era imposible que un hombre entrase en sus tierras, de día o de noche, sin que fuese sabido.

Como ya se dijo antes, sus pueblos los hacían siempre en las partes más altas de las lomas, procurando que sólo hubiese acceso a ellos por una de las cuchillas, y en los caminos que a ellos conducían cavaban hoyos que servían de trampas.

En las luchas con los españoles procuraban fortificarse en las partes altas de las montañas a fin de atacar sin ser atacados y, sobre todo, para hacer imposible el empleo de los caballos. Abandonaban las ciudades y zonas que habían de ser invadidas por el enemigo, arrasándolo todo antes de dejarlo.

Jefes

A jefe se llegaba después de una brillante demostración de valor, por medio de la cual ganaban el aprecio y obediencia de sus súbditos, a la vez que gran prestigio. Siempre eran escogidos los más bien formados, fuertes y desarrollados. Ejercían absoluto dominio sobre su pueblo y los distinguían siempre su gentileza, valor y autoridad así como la majestad con que se hacían servir y obedecer. Entre los jefes encontrados por los españoles y que más se hallan distinguidos figuraban: Bituima, Jefe de la coalición de Ambalema, Sasaima, Anapoima y Guataquí, quien valerosamente luchó contra Hernán Pérez de Quesada. Iqueima, cuyos dominios comenzaban en la ribera izquierda del Fusagasugá. Guacama que gobernaba en las tierras de Tocaima. Calandaima, cacique de Anapoima. Conchina, en cuyas tierras penetraron los capitanes Céspedes y Sanmartín y quien después hizo la paz con el capitán Fernán Venegas, cuando éste fundó a Tocaima. Además, Tocarema, Síquima, Matima y Bulundaima, a quienes tocó solicitar la paz a Gonzalo Jiménez de Quesada.

Religión

A este respecto es bien poco lo que se conoce; los cronistas se reducen a hacer vagas alusiones a lo que ellos llamaban “culto a los espíritus infernales”, el dominio diabólico que sobre ellos ejercieron sus hechiceros a quienes hacen aparecer como sacerdotes del demonio. Nada concreto dicen sobre el concepto que tuvieron de la divinidad, ni sobre cuáles fueron sus creencias predominantes.

Es natural que ciertos fenómenos físicos y las calamidades comunes, cuyas causas les eran desconocidas, fuesen para ellos hechos inexplicables que contribuyeron a formar en su mente, como en todos los pueblos primitivos, supersticiones que explotaron sus brujos atribuyéndolos a espíritus infernales sujetos a sus mandatos. De este mismo hecho derivan las leyendas y supersticiones que aún existen.

Sólo se sabe que tributaban culto a la luna porque, según decían, “ésta alumbraba de noche, no siendo gracia que el sol lo hiciese durante el día” por lo cual lo consideraban como inútil.

Descubrimiento y conquista

Varias fueron las incursiones hechas por los españoles en territorio Panche, unas veces guiados por la codicia y el afán de encontrar oro y para tener contentos a los chibcha, quienes frecuentemente les solicita-

ban ayuda en su empresa de venganza contra los Panche, circunstancia esta que Hernán Pérez de Quesada quiso aprovechar para lograr dos fines: la conquista de este nuevo territorio y hacer que los chibcha, en agradecimiento, tomasen aprecio hacia ellos y no los mirasen como a opresores de su libertad.

Gonzalo Jiménez de Quesada envió a los capitanes Juan de Céspedes y Sanmartín a conquistar el país panche. Guiados por algunos muiscas penetraron por Tibacuy. Los Panche, informados de la proximidad de los españoles, se alistaron para resistirlos. Combatieron con tanto valor, destreza y orden, que dejaron maravillados a los españoles. Pero al fin, la lucha con la caballería, que ellos no conocían y la muerte de uno de sus jefes a quienes creían invencible, los hizo desordenar y dispersar, dejando la victoria a los españoles.

Más tarde Zacrezacipa, jefe chibcha, pidió a Gonzalo Jiménez de Quesada que fuera su aliado, para penetrar nuevamente en territorio panche, a lo cual accedió el General.

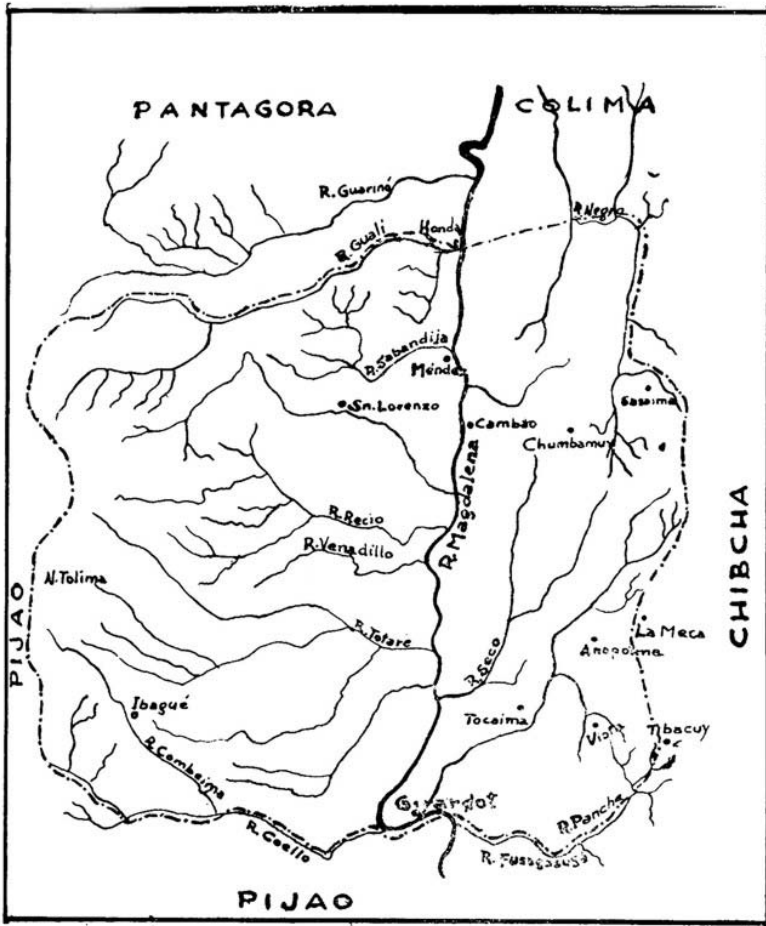
Los Panche se alistaron para resistir, ocupando las asperezas más altas de las montañas, en donde pudiesen, a salvo, hacer la ofensiva al enemigo e impedir que los caballos actuasen. Españoles y muiscas, en gran número, a órdenes de Gonzalo Jiménez de Quesada y Zacrezacipa, lucharon desesperadamente con los Panche. Viéndose perdidos, acordaron ponerle emboscadas a fin de hacerlos descender y pelear en la parte plana en donde confiaban en que los caballos suplirían lo que ellos no podían lograr. Así lo consiguieron y los panche, al darse cuenta del ardid y ante la confusión que tal situación produjo, determinaron pedir la paz a Quesada y al efecto enviaron a 4 jefes principales que fuesen a capitular, llevando como presentes objetos de oro, guamas, aguacates, piñas y otros productos de la región. Quesada les mandó rendir las armas a Zacrezacipa, lo que para ellos fue una grave ofrenda, pues siempre habían sido temidos por los chibcha, a los que en toda ocasión vencieron. Este encuentro tuvo lugar en Tocarema, lugar cercano a lo que hoy es Anolaima.

En 1543 Hernán Venegas Carrillo atravesó el territorio en busca de minas de oro. En 1544 hizo una segunda entrada con el ánimo de someter definitivamente a los Panche y para tal fin fundó a Tocaima en tierras del Cacique Guacaná. Más tarde fundaron los españoles a Ibagué en el valle de Las Lanzas (1550); Venta de la Villeta (1552). Honda (1560). Además, a Santa Agueda y a Mariquita.

Como de costumbre, los conquistadores se repartieron los indios y tierras a fin de facilitar la pacificación, según la política española.

BIBLIOGRAFIA

- Castellanos Juan de.*— Historia del Nuevo Reino de Granada, Madrid, 1896.
- Simón, Pedro Fray.*— Noticias historiales de la Conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Bogotá, 1891.
- Fernández Piedrahita, Lucas.*— Historia General e las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá, 1942.
- Herrera, Antonio de.*— Décadas de Indias, Madrid, 1728.
- Ortega, Eugenio.*— Los Panche, Boletín de Historia y Antigüedades. V. VII. No. 83, abril de 1912.
- Carranza, Alejandro.*— Notas sobre el pueblo Panche. Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. XXI, junio-julio, 1934.
- Rivet, Paul.*— La influencia Karib en Colombia. Revista del Instituto Etnológico Nacional. V. 1, No. 1, pp. 55-87, Bogotá, 1943.
- Jiménez A. Edith y Ochoa Sierra Blanca.*— Cerámica Panche. Revista del Instituto Etnológico Nacional. Vol. 1, No. 2, Bogotá, 1944.
- Jiménez A. Edith.*— Los Chibcha. BOLETIN DE ARQUEOLOGIA. V. I, No. 2, Bogotá, 1945.
- Hernández Rodríguez, Guillermo.*— Datos de su fichero particular.



TERRITORIO HABITADO POR LOS
PANCHE

Volver al llamado



CERAMICA PANCHE

1, 2, 4 Tipos más característicos.- 3. Urna funeraria. - 5. Volante de huso.



INDÍGENA PANCHE

LEYENDAS DE NUESTRO SEÑOR DE SIBUNDOY

Y EL SANTO CARLOS TAMABIOY

POR: JUAN FRIDE

1.- DESCRIPCION GEOGRAFICA

El Valle de Sibundoy está situado en la vertiente oriental del Macizo de los Pastos, precisamente en la región natural denominada “La Cordillera”. Enclavado a una altura de 2.250 metros sobre el nivel del mar, se halla rodeado por altas montañas que van de los 3.000 a los 3.600 metros de altitud, y presenta una temperatura de clima frío, cuya máxima extrema en promedio, durante el cuatrienio 1936-39 alcanzó a los 25,4 grados de temperatura, y la mínima, en promedio también, a 6, 6 grados, dando por tanto una amplitud extrema de 18,8 grados, y una humedad más que mediana.

Este valle se encuentra en una de las regiones de gran lluviosidad, como que la misma ha sido calculada en promedio en 3.745 mm. anuales, aunque en algunos años alcanza casi a duplicar esta cifra, como puede verse en los datos para 1937 y 1938, en los que la lluviosidad alcanzó a las cifras de 7.205, 3 mm. y 6.276, 9 mm., respectivamente.

Las tierras del valle de Sibundoy son cenagosas y fértiles y su vegetación es una combinación de las últimas avanzadas de la selva amazónica, con la vegetación típica de la cordillera. De las faldas de las montañas que lo bordean, nacen las quebradas que, unidas entre sí, forman las cabeceras del Putumayo, río que, rompiendo hacia el sur la barrera montañosa, que se precipita a la llanura amazónica.

El número total de los habitantes de este valle se calcula en ocho mil (8.000), de los cuales su gran mayoría –unos siete mil aproximadamente– son indígenas que ocupan los pueblos de San Andrés, San-

tiago y Sibundoy. La población blanca, de reciente penetración, se concentra principalmente en Colón y San Francisco. La falta de vías de comunicación, debida en gran parte a las altas montañas que separan el Valle de la ciudad de Pasto, mantenían la región en un aislamiento casi total por lo difícil del acceso, hasta hace poco. Actualmente la carretera que se construye a Puerto Asís, pone en fácil comunicación a Mocoa y el Valle de Sibundoy, con la ciudad de Pasto. Anteriormente el camino que se abrió de esta ciudad a Mocoa hizo posible la colonización blanca, que en los últimos treinta años ha desplazado casi totalmente a los indios de sus tierras.

2. - LAS TRADICIONES

Diversas versiones que muy poco difieren entre sí, circulan acerca de “Nuestro Señor de Sibundoy”, imagen muy venerada especialmente por los indígenas de esta población y que se encuentran en la iglesia de Santo Domingo de Pasto. Presentamos en este artículo la versión más esparcida, la misma que publicó el Padre Misionero Fray Jacinto de Quito, como narración de Miguel Guajibioy (1).

La leyenda dice así:

En cierta ocasión un cazador divisó un pájaro y lo siguió, con el fin de flecharlo. El ave, perseguida, voló a un arrayán. Cuando el indio se acercó a este árbol para matarla, vio a Jesucristo vestido de *cusma* y capisayo. Quien le dijo: “Avisa al pueblo que se me levante una capilla en este lugar, pues quiero vivir entre vosotros para que dejéis las malas costumbres.”

Los indios obedecieron aquel mandato: construyeron una capilla en el mismo sitio donde el Cristo se apareciese –donde hoy se levanta la iglesia de Sibundoy– y colocaron la imagen del Señor en el altar.

Pero muy pronto el sacristán se dio cuenta de que todas las mañanas el rostro del Santo Cristo aparecía con una sombra de cansancio, y sus vestidos como humedecidos por el rocío. Avisado el Gobernador del Cabildo de estas escapadas nocturnas de la imagen que, aparentemente, pecaban contra la moral, éste le impuso un castigo de doce latigazos. Pero el Cristo, antes que pedir perdón y prometer la enmienda, como lo hacían generalmente los indios al ser castigados, se fue a Pasto y jamás volvió a Sibundoy. Sólo después de un tiempo se supo que las salidas de Nuestro Señor se debían a unos trabajos que adelantaba en el camino que de Pasto va a Mocoa, como pudo corroborarse por el

hecho de haberse encontrado en este camino las gotas de cera que destilaba la vela durante los trabajos nocturnos, y la aparición de varios y nuevos puentes que nadie antes había colocado.

* * *

Sobre el santo Carlos Tamabioy –santo creado por la imaginación de los indígenas– también circulan muchas versiones. El Rvdo. Padre Fray Marcelino de Castellví, de la C.I.L.E.A.C. de Sibundoy, recogió siete de ellas. Nosotros transcribimos aquí la más popular, que nos fue contada por la india Rosalía Quinchoa de Colón (Chaupí-ibundoy), y que reza así:

Carlos Tamabioy vino a la vida un día por la mañana, pero no como nacen todos los niños, sino ya grande y desarrollado. Siete amas de leche (nodrizas) murieron de inanición, tratando de satisfacer el apetito descomunal del recién nacido, quien crecía de manera prodigiosa. Al medio día, el niño era ya adulto. Por la tarde reunió a todos los indios de Sibundoy, les hizo escritura de todas las tierras, para ellos y sus descendientes, amojonó las parcelas, se las entregó con linderos fijos y murió con el sol de ese mismo día.

3.- BASES HISTORICAS DE LAS TRADICIONES

Siguiendo el relato del historiador Rafael Sañudo (2, 64), nos damos cuenta de que la doctrina del Valle de Sibundoy fue encomendada desde los albores de la Colonia a los Padres Franciscanos. Sin embargo, entre 1573 y 1579, fueron los Padres Dominicos quienes doctrinaron el Valle. Al abandonar la comarca y dirigirse hacia Pasto, los padres se llevaron la imagen de Cristo que estaba en la iglesia de Sibundoy, “con harto sentimiento de los naturales...”.

Figura histórica es también la de don Carlos Tamabioy: en el Archivo de la Corregiduría de Colón, encontramos un telegrama dirigido al Presidente de la República y fechado el 30 de octubre de 1912, por medio del cual el Cabildo de Indígenas se queja de la ocupación de sus terrenos por los blancos, diciendo “...pueblo de Santiago, hace espacio 500 años (fue) fundado este pueblo por los siguientes linderos (aquí la descripción de los linderos)... Tenemos cinco leguas de terreno por compra hecha (por) nuestro abuelo don Carlos Tamabioy y Leandro Agreda al Soberano de España por 400 patacones, según consta en el acta de posesión dada a nuestros abuelos y escritura testamentaria de esos mismos...”

Además, en el Archivo Parroquial de Santiago, el padre Bartolomé

nos mostró una copia en papel simple que debe ser el testamento del citado Carlos Tamabioy, fechado el 15 de marzo de 1700. (La copia parece ser expedida en Quito el 28 de noviembre de 1782).

4. - DEDUCCIONES

El análisis de las dos creencias arriba transcritas es de gran interés para demostrar cómo un pueblo transforma en su mentalidad aquellos hechos históricos y aquellos problemas sociales con los cuales no es capaz de enfrentarse realmente. “Nuestro Señor de Sibundoy” no es más que una proyección, en plano ideal, de los problemas del indio de Sibundoy en sus aspectos económico y político. Como este indígena, el Cristo viste cusma y capisayo; como a él, el Cabildo castiga a Cristo a latigazos y como el indio mismo, trabaja Cristo duramente en el camino de San Francisco a Mocoa, construido bajo la dirección de los Padres Misioneros.

No menos interesante resulta la discriminación de la leyenda del Santo Carlos Tamabioy. El indio de Sibundoy perdió, irremediablemente, sus tierras por falta de presentación de documentos de propiedad (esta última afirmación quedará ratificada y comprobada por el estudio que estamos preparando sobre la historia de los indios del Putumayo), perdió su propiedad, decimos, a tiempo (años 1905 y siguientes) que el blanco se apoderaba de sus tierras a título de tierras baldías. Y así transforma el indio la personalidad de don Carlos Tamabioy, cuyo nombre quedó grabado por la tradición en la memoria del pueblo, en un santo que le entrega la tierra disputada con todos los documentos y requisitos reglamentarios. Y este santo está vinculado a su vez, a una antigua religión en cuyo centro, sin duda, figuraba la adoración del sol: Carlos Tamabioy nace a la madrugada, llega a su pleno desarrollo al medio-día y muere con el Sol.

Ambas leyendas merecen un estudio más profundo por cuanto demuestran la influencia decisiva de las condiciones económico-sociales sobre la formación de las equivocadamente llamadas supersticiones indígenas, y por cuanto que sirven también como fuente de investigación tanto histórica como etnológica de la vida indígena.

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- *Quito, Fray Jacinto M. de, Mis. Cap.*— Miscelánea de mis treinta y cinco años de misionero del Caquetá y Putumayo, Bogotá, 1938.
- 2.- *Sañudo, José Rafael.*— Apuntes sobre la Historia de Pasto. 1ª parte. La Conquista. Pasto, 1938.

A N T R O P O L O G I A

INSTRUCCIONES SUMARIAS SOBRE LA MANCHA PIGMENTARIA CONGENITAL

POR: PAUL RIVET

ENCUESTA DEL DOCTOR ALBERTO CARDENAS ESCOBAR

La MANCHA PIGMENTARIA CONGENITAL tiene, según toda verosimilitud, una gran importancia desde el punto de vista étnico; fuera, pues, del mayor interés poder establecer un cuadro de repartición lo más completo posible, con estadísticas, rigurosas en cada población.

Como su nombre lo indica, se trata de una mancha visible desde el nacimiento, debida a un depósito de pigmento localizado en la dermis, al contrario del pigmento que da la coloración general de los tegumentos, que se halla en la epidermis.

La coloración de esta mancha es variable según las poblaciones. Así, se muestra *azulosa* entre los japoneses. *Pizarrosa*, chinos y los anamitas. *Negrusca*, negros de Africa y los Esquimales. *Verduzca*, indígenas de América. *Azul-pálida*, europeos.

La mancha se localiza especialmente al nivel de la región sacrolumbar, en el remate del pliegue interglúteo; pero se la encuentra también a veces en la región dorsal, en las nalgas y excepcionalmente en la nuca o en el lado posterior del hombro.

No se nota en su nivel ningún brote de la piel. Su forma es más o menos regular; sus dimensiones son variables y pueden darse casos en que se presenten manchas múltiples.

Esta mancha tiene la tendencia muy marcada de atenuarse y aún de desaparecer con la edad del individuo. Por ello es esencial hacer las observaciones en las primeras horas que siguen al nacimiento, de manera de obtener estadísticas absolutamente comparables unas con otras.

La regla anterior se impone muy particularmente cuando se trata de poblaciones negras, en las que la coloración de la piel se desenvuelve

muy rápidamente y borra, puede decirse, las manchas pigmentarias congénitas, que son visibles en el recién nacido debido a la blancura relativa de sus tegumentos.

Entre las poblaciones de piel oscura, deben tenerse las siguientes precauciones para buscar la mancha, difícil de encontrar en tales casos:

a) Inspeccionar la superficie de la piel muy oblicuamente.

b) Ejercer una presión con el dedo en el lugar donde se supone la existencia de una mancha; la región comprimida se volverá más blanca con esta presión y la mancha aparecerá más claramente.

Si llegare a ser imposible hacer las observaciones en las primeras horas que siguen al nacimiento, es *indispensable* indicar en cada caso la edad exacta (días, meses años) del sujeto observado.

Muy útiles son las estadísticas *por edades*, como las han hecho los japoneses, de manera de poder establecer la rapidez de desaparición de estas manchas en cada población.

Sería *deseable* que las estadísticas se hagan sobre un centenar de recién nacidos en cada población.

Finalmente, una encuesta completa podrá hacerse siguiendo lo más fielmente posible el siguiente plan de observaciones:

1.– Lugar de observación. (División y subdivisión administrativa. País, Departamento. Ciudad).

2.– Nombre de la población a la que pertenece el sujeto observado. (Si se trata de indígenas anotar el nombre de tribu).

3.– Origen del niño (de negro y blanco, de indio y blanco, etc.)

4.– Origen de sus padres (padre y madre separadamente).

5.– Edad del niño.

6.– Su sexo.

7.– Carácter de la pigmentación de sus padres (piel, cabello); caracteres patológicos.

8.– Características de la mancha observada (emplazamiento, color, forma, dimensión, cantidad). Fotografía o croquis serían muy útiles).

9.– Caracteres patológicos del niño.

10.– Nombre dado a la mancha pigmentaria congénita en la población a la cual pertenece el sujeto observado (nombre indígena y su traducción).

11.– Creencias y costumbres que se refieren a la mancha, en la población estudiada.

12.– *Especificar bien la proporción de niños que tienen la mancha, en relación con el total de los sujetos examinados* e indicar la edad, el

sexo y la tribu (si se trata de indígenas) de cada uno, bien sea que la observación sea positiva o negativa, ya que es del todo importante conocer el porcentaje de casos positivos en cada país o región.

Profesor PAUL RIVET

Director del Laboratorio de Etnología. Museo Nacional de Historia Natural de París. (Museo del Hombre).

(Tradujo Gr. Hernández de Alba).

Dada la importancia de las observaciones sobre la mancha pigmentaria para los estudios raciales en Colombia, el Instituto Etnológico Nacional y el Servicio de Arqueología remitieron las instrucciones de Rivet a los directores de las clínicas de maternidad que funcionan en la ciudad, para dar comienzo a estas observaciones. A esta iniciativa respondieron en forma entusiasta distinguidos médicos de la capital, entre los cuales se encuentra el Dr. J. A. Calvo, quien tiene ya algunos aportes en relación con estas investigaciones.

El Dr. Alberto Cárdenas Escobar, Jefe del Departamento Obstétrico de Marly, nos ha remitido los primeros resultados de una encuesta iniciada en el mes de junio del presente año. En cien niños observados se constató la presencia de una mancha en diez casos, cuyas características se publican a continuación, iniciando así el acopio de materiales para futuros trabajos antropológicos sobre este carácter racial.

ENCUESTA DEL DOCTOR ALBERTO CARDENAS ESCOBAR

(junio-julio de 1945)

- Observación No. 1.*— Localización, región lumbar.
Coloración, rojiza.
Número, una.
Forma, irregular.
Dimensiones, 4 cm. X 2.5 cms.
Edad del niño, 100 horas.
Origen del niño, padre y madre blancos.
Sexo, femenino.
- Observación No. 2.*— Localización, región occipital.
Coloración, rojiza.
Número, una.

- Forma, triangular.
 Dimensiones, 3 cm. X 2 cm.
 Edad del niño, 53 horas.
 Origen del niño, padre y madre blancos.
 Sexo, femenino.
- Observación No. 3.–* Localización, nuca.
 Coloración, rojiza.
 Número, múltiple.
 Forma, circulares, ovals, irregulares.
 Dimensiones, 0.5 cm. X 0.2 cm.
 Edad del niño, 98 horas.
 Origen del niño, padre y madre blancos.
 Sexo, masculino.
- Observación No. 4.–* Localización, nalgas y remate del pliego inter-glúteo.
 Coloración, verduzca.
 Número, una.
 Forma, circular.
 Dimensiones, 8 cm. X 6 cm.
 Edad del niño, 72 horas.
 Origen del niño, madre blanca y padre mestizo.
 Sexo, femenino.
- Observación No. 5.–* Localización, nuca.
 Coloración, violácea.
 Número, una.
 Forma, cuadrangular.
 Dimensiones, 5 cm. x cm.
 Edad del niño, 168 horas.
 Origen del niño, madre y padre blancos.
 Sexo, femenino.
- Observación No. 6.–* Localización, nuca.
 Coloración, rojiza.
 Número, una.
 Forma, romboidal.
 Dimensiones, 2 cm. X 4 cm.
 Edad del niño, 204 horas.
 Origen del niño, padre y madre blancos.
 Sexo, femenino.

- Observación No. 7.-* Localización, nalgas.
Coloración, azulosa.
Forma, elíptica.
Número, una.
Dimensiones, 7 cm. X 3 cm.
Edad del niño, 67 horas.
Origen del niño, padre mestizo y madre blanca.
Sexo, masculino.
- Observación No. 8.-* Localización, nalgas.
Coloración, azul pálido.
Número, una.
Forma, de almendra.
Dimensiones, 10 cm. X 4 cm.
Edad del niño, 144 horas.
Origen del niño, padre blanco y madre mestiza.
Sexo, femenino.
- Observación No. 9.-* Localización, nuca.
Coloración, rosada.
Número, una.
Forma, romboidal.
Dimensiones, 3 cm. X 4 cm.
Edad del niño, 48 horas.
Origen del niño, padre y madre blancos.
Sexo, femenino.
- Observación No. 10.-* Localización, remate del pliego inter-glúteo.
Coloración, pizarrosa.
Número, dos.
Forma, elíptica una y circular otra.
Dimensiones, 5 cm. X 2 cm. y 3 cm. X 3 cm.
Edad del niño, 48 horas.
Origen del niño, madre blanca y padre mestizo.
Sexo, masculino.

ETNO - GEOGRAFIA

EL MACIZO COLOMBIANO

UNA REGION NATURAL DE COLOMBIA

POR ERNESTO GUHL

Este artículo es la introducción de una serie de trabajos sobre las regiones naturales de Colombia, que se adelantarán a medida que sea posible hacer los estudios sobre el terreno

Introducción

Los seminarios de Etnografía y Geografía del Servicio de Arqueología y del Instituto Etnológico Nacional, han resuelto colaborar mutuamente en la elaboración del estudio de las áreas culturales del país, como regiones etnográficas y antropológicas, trabajando sobre las bases de las regiones naturales del país con su contenido étnico actual. Es un ensayo que tiene ya excelentes ejemplos en cuanto se refiere al método de trabajo, como en la obra de A. L. Kroeber “Cultural and Natural Areas of Native North America”; “Di Völker Asiens, Australiens und der Südseeinseln” por Georg Buschan, y la famosa obra de Federico Ratzel “Anthroprogeographie”. Otra obra de gran valor consultivo y de actualidad para los países americanos tropicales es el libro “White Seetlers in Tropics” de A. Greenfell Price.

—Hay que tener en cuenta que un estudio serio sobre las posibilidades de éxito o fracaso de una inmigración europea, debe hacerse sobre sólidos conocimientos geográficos de un país, sin descuidar la Etnografía, considerando que una inmigración numérica es capaz de turbar el mosaico étnico del mismo.

El mejor conocimiento geográfico se obtiene por estudios regionales, vale decir de regiones naturales. Alejandro de Humboldt refiriéndose des-

de este punto de vista a las áreas culturales, dice lo siguiente: “La civilización en América, dondequiera que (como en México, Guatemala, Quito o el Perú) no existía ya hasta cierto punto antes de la Conquista, se dirigió de las costas hacia el interior, ora siguiendo el valle de un gran río, ora una cordillera de montañas que ofrecían climas templados. Concentrada a la vez en diferentes puntos, se propagó al modo de radios divergentes. La reunión en provincias o en reinos se efectuó con el primitivo contacto inmediato entre las porciones civilizadas o por lo menos sometidas a una dominación estable y regular” (1).

Y, en especial, refiriéndose a las provincias de la Capitanía General de Caracas, dice el sabio alemán esto: “comprende, a lo largo de las costas, la Nueva Andalucía o provincia de Cumaná, Barcelona, Venezuela o Caracas, Coro y Maracaibo; en el interior, las provincias de Barinas y la Guayana, la primera a lo largo del Orinoco, el Casiquiare, el Atabapo y Río Negro. Echando una ojeada general sobre las siete provincias reunidas de la Tierra Firme, se ve que forman tres zonas distintas extendidas de Este a Oeste.

“Hállanse primero terrenos cultivados a lo largo del litoral y cerca de la cordillera de montañas costaneras; luégo, sabanas y dehesas; y en fin allende el Orinoco, una tercera zona, la de los bosques en la que se penetra sólo por medio de los ríos que lo atraviesan. Si los indígenas que habitan esos bosques viviesen enteramente del producto de la caza, como los del Missouri, diríamos que las tres zonas en que acabamos de dividir el territorio de Venezuela son la imagen de tres estados de la sociedad humana, la vida del salvaje cazador en los bosques del Orinoco, la vida pastoral en las sabanas o Llanos y la vida del agricultor en los altos valles y al pie de los montes costaneros” (2).

En el año de 1895, el norteamericano Mason en su trabajo “Influence of Environment Upon Human Industries of Arts”, dividió el hemisferio occidental en 18 áreas culturales. De éstas corresponden a Centro y Sur América las siguientes: Centro América; Antillas (incluido el Sur de Florida y parte de la costa Norte de Sur América); Cordillera de los Andes (desde Colombia hasta Perú); Vertientes Andinas hacia el Atlántico (desde Colombia hasta Bolivia); Brasil Oriental; Brasil Central (Mato Grosso, entre Araguayás y la frontera occidental del Brasil); Argentina-Patagonia; Tierra del Fuego.

Esta división del continente suramericano coincide con las grandes regiones naturales del mismo, sobre un mapa de escala 1/25.000.000 o menor, pero de ninguna manera más grande, por la dificultad de de-

tallar las regiones. Lo que llama poderosamente la atención en este caso, es la armonía entre las grandes regiones naturales-culturales y la antigua división política española de Sur América, y, más aún, comparándola con la complicada división política actual y con el deseo de formar bloques de estados como la Gran Colombia, el bloque del Sur, etc., sacrificando un aislamiento geográfico-político a favor de grandes bloques económicos naturales.

Es bien curioso el caso de la geografía de las tierras colombianas, pues el resultado de la Conquista fue, desde el punto de vista geográfico, un estudio forzado por regiones naturales, lo que tenía que suceder como resultado de trabajos prácticos en el terreno y luégo escritos en un mapa.

Un bello ejemplo de esta Carto-geografía es el mapa “Tierra firma et Novum Regnum Granatense et Popayán” elaborado, dibujado y editado por Guillermo Bleau, en Amsterdam, en el año de 1638. El mapa, publicado con este artículo, muestra claramente la fisonomía del país a grandes rasgos (Ver mapa). Algo forzado e inexacto, es, sin embargo, un reflejo de los conocimientos cartográficos y geográficos de entonces. Claramente se destacan las tres cordilleras, y también, en forma no definida, la unión de las mismas en la región del Macizo Colombiano. Nos enseña el mapa, en forma muy marcada, que desde la unión de las tres cordilleras hacia el Sur, existen altiplanos, y pequeños valles en dirección E-O, hacia el Pacífico, mientras al Norte, los grandes valles tectónicos se abren en dirección S.N. hacia el Atlántico. Además, el mapa nos muestra claramente el lento levantamiento y el aumento de los macizos andinos desde la Costa Atlántica en dirección W-E., hasta llegar a las regiones altas de los Andes Ecuatorianos, la extensión de las masas compactas de las cordilleras, y, por intermedio de la localización de las poblaciones, las hasta hoy más importantes regiones naturales del país, o sean: 1° La Costa Atlántica; 2° El Valle del Cauca con el Quindío; 3° Regiones altas de la Cordillera Oriental; 4° Las regiones donde se desprenden las tres cordilleras (Macizo Colombiano); 5° Altiplanos del Sur.

Además nos explicamos ahora el que en este mapa el río Cauca sea el principal de esta Geografía práctica y cartografiada, como resultado de exploraciones y conquistas regionales. La importancia del río Magdalena empieza más adelante, cuando la unidad espacio-hombre principia a modelar la Nación.

Este admirable trabajo Carto-geográfico en unión con otros trabajos de la misma índole, levantados por la Sección Cartográfica de la Casa de Contratación de Sevilla, desde principios del siglo XVI en adelante (material que fue guardado durante siglos como secreto de Estado), a pesar de lo poco conocido ha servido, sobre todo, para las grandes regiones orientales del país, hasta hoy día como fundamento de su Geografía. Aquí recordamos el formidable trabajo de Eduardo Posada sobre Cartografía Colombiana, publicado en el “Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia” y el “Catálogo of Maps of Hispanoamérica, V. H. South América, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia”, publicado por la American Geographical Society. Ambos trabajos son una documentación de lo dicho anteriormente, o sea la falta de materiales carto-geográficos modernos.

Desde fines del siglo XVIII las ciencias naturales y exactas recibieron un gran adelanto, y nombres como los de Mutis, Caldas, Humboldt, Boussingoult, Acosta, Codazzi, José Manuel Restrepo, Vergara y Velasco, marcan esa gran época del adelanto científico. De esta misma época publicamos a continuación una carta geográfica alemana editada por el Instituto Geográfico de Weimer en el año 1823, sobre la Gran Colombia, entonces llamada República de Colombia. Es una mapa desconocido en Colombia y tiene un valor histórico-geográfico (Ver Mapa) como nos lo explica la traducción del texto de la carta. El mapa nos muestra en contraste con la carta geográfica del siglo XVI, una gran región natural continental con sus subdivisiones y no deja de ser interesante este punto de vista, sobre todo en lo relacionado con lo anteriormente citado del libro de A. Humboldt. A continuación damos el texto del mapa mencionado, según traducción:

Posición, límites, extensión

Colombia está situada entre 5° 60' latitud sur y 12° 30' latitud norte 270 grados 55 centígrados 82 grados y 321° longitud (58° y 82° longitud oeste de Greenwich). Está limitada hacia el norte por el mar Caribe, hacia el nordeste por el Océano Atlántico, hacia el este por la Guayana (de la cual la separa el río Esequibo), hacia el sur por el Brasil y Perú, hacia el oeste por el océano austral y hacia el noroeste por Guatemala, con la cual comunica por el istmo del Darién. El largo medio se aproxima a 300 millas, su ancho a 180 millas, mientras su área comprende alrededor de 63.575 millas geográficas o 1.350.00 millas inglesas.

Conformación de el país, montañas, etc.

La Cordillera de los Andes atraviesa el país de sur a norte desde el Perú a lo largo de la costa del océano Austral. No lejos del límite meridional de la cordillera se bifurca, y sus ramas continúan por 40 millas geográficas paralelamente en dirección norte, y encierran un valle de cuatro a seis millas de ancho que está a una altura de 9.000 pies sobre el nivel del mar. Entre los grados 2 y 3 de latitud norte la cordillera se divide de nuevo en tres ramas especiales; la Oriental forma las montañas de Venezuela, la Central las de Santa Marta y la Occidental los Andes propiamente dichos. La rama de Venezuela se extiende en dirección noreste hacia el extremo meridional del lago de Maracaibo, donde, ésta se divide en dos cordilleras de las cuales la una continúa por la ribera occidental del lago y tiene sus estribaciones junto al Cabo de la Vela sobre el Mar Caribe; la otra conserva la dirección noreste y, disminuyendo poco a poco de altura, sigue a lo largo de la costa septentrional hasta morir en la bahía de Paria, frente a la isla de Trinidad. Toda la región situada al este de los Andes al sur de las montañas venezolanas, está formada por planicies inmensas llamadas aquí sabanas, que se extienden profundamente a todo lo largo y ancho del país y están regadas por el Orinoco y sus afluentes. Hasta 120 millas, desde la desembocadura del Orinoco, río arriba, la región queda inundada cada año, en invierno, a veces en una extensión de 40 millas, y entonces no se alcanza a ver nada, a excepción de algunas colinas y las copas de los árboles más altos. Las cumbres más elevadas de los Andes se hallan inmediatamente al sur de la línea ecuatorial en las dos cordilleras de la provincia de Quito. Estas crestas se levantan como dos murallas sobre el valle comprendido entre ellas y están coronadas por dos cúspides colosales que dejan atrás a todas las montañas del hemisferio occidental en lo que se refiere a altura. El pico más alto es el renombrado Chimborazo, que se eleva ente los grados 1 y 2 de latitud sur, a la altura de 21.440 pies sobre el nivel del mar; está coronado de nieves perpetuas hasta casi 5.000 pies debajo de la cumbre. Los volcanes son muy numerosos. Entre ellos el más violento por la frecuencia y fuerza de sus erupciones es el Cotopaxi, que se alza a 18.890 pies de altura, a ocho millas al sureste de la ciudad de Quito. Antisana está al norte el Cotopaxi, a 19.950 pies sobre el nivel del mar.

Ríos

Todos los grandes ríos que nacen al este de los Andes y al sur de la cordillera de Venezuela vierten sus aguas en el Orinoco o el Marañón. Los que nacen al oeste de los Andes desembocan en el Océano Austral y los que tienen sus cabeceras entre las cordilleras Oriental y Occidental desembocan al norte en el Mar Caribe.

Después del Orinoco y el Marañón el más caudaloso es el río Magdalena, que nace en las cercanías de Popayán casi bajo el 2° de latitud norte, corre entre los brazos oriental y central de los Andes, hacia el norte, y sale al mar Caribe con un recorrido de 200 millas. Es navegable en un trayecto de 120 millas.

El Cauca tiene su origen igualmente cerca de Popayán y después de un recorrido de aproximadamente 100 millas, hacia el norte se une con el Magdalena, entre los ramales central y oriental de los Andes.

El Atrato es un río importante que, después de un recorrido de 40 a 60 millas hacia el norte, desemboca en la bahía del Darién.

El Guayaquil sale al golfo del mismo nombre y es navegable en una extensión de 24 millas.

El Guarapiche desemboca en el golfo de Paria.

Bahías y lagos

Las bahías más grandes en la costa el océano Austral son: el golfo de Guayaquil, al sur; la bahía del Chocó en el centro, y la bahía de Panamá al norte. En la costa septentrional se hallan: el golfo del Darién, al que separa de la bahía de Panamá el istmo del Darién; el golfo de Maracaibo, encerrado entre dos penínsulas, y comunicado con el mar Caribe por un canal de ocho millas de ancho; la bahía de Cariaco, formada por una península larga y estrecha que avanza desde el continente al sur de la isla Margarita, y el golfo de Paria, limitado al oeste por el continente y al este por la isla de Trinidad. El lago de Maracaibo tiene 40 millas de largo y 17 millas de ancho, y se une con el golfo de Maracaibo por medio de un estrecho defendido por poderosos fuertes. Se encuentra indicado frecuentemente en los mapas un lago grande llamado Parima, un poco al este de las cabeceras del Orinoco, pero su existencia no ha sido confirmada por ninguno de los exploradores recientes, y quizá donde lo señalan las cartas geográficas no haya sino únicamente una sabana.

Suelos y productos

El suelo de este país da generosamente los productos más deliciosos de las zonas templadas y cálidas. En las planicies bajas se cultivan caña, café, cacao, algodón, tabaco, excelentes maderas para la construcción de barcos, valiosas maderas tintoriales y muchas plantas medicinales. El cacao de Caracas vale dos veces más que el de las Antillas. El añil es inferior sólo al guatemalteco; el tabaco se dice comparable al de Virginia y Maryland; el café rivalizaría con el de Moka si fuera elaborado con el mismo esmero. Las planicies del Orinoco están pobladas de rebaños innumerables de mulas, reses y caballos. En las altiplanicies se cultivan maíz, trigo y todas las plantas y hortalizas europeas con el mismo éxito que en México.

Clima

El clima es diferente según las distintas alturas de las regiones. En las costas y en las tierras bajas es extremadamente cálido y malsano. Las altiplanicies situadas entre la cordillera doble de los Andes disfrutan de un clima templado y uniforme a pesar de estar en mitad de la zona tórrida, casi bajo la línea ecuatorial. También en la capital, León de Caracas, que está a una altura de cerca de 2.900 pies sobre el nivel del mar, la temperatura es agradable durante todo el año.

Censo de población y habitantes

La república está formada por las provincias unidas de Nueva Granada y Caracas, a las que recientemente se ha sumado Panamá. Está subdividida de la siguiente manera: 1) Orinoco con 175.00 habitantes; 2) Venezuela con 430.000; 3) Suba con 162.000; 4) Boyacá con 440.000; 5) Cundinamarca con 370.00; 6) Cauca con 193.000; 7) Magdalena con 239.000. 8) Quito con 550.000 y 9) Panamá con 80.000. En estos nueve departamentos fueron divididas las antiguas provincias de Nueva Granada, Caracas o Venezuela, y Guayana, en 1822.

La población por consiguiente ya no es sino de 2.649.000 habitantes; así fue reducida la población de 4.000.000 por los terribles estragos de las guerras civiles. Está compuesta de blancos, indios, mestizos, negros y mulatos. Muchas tribus indígenas han sido sometidas por los europeos y civilizados por los esfuerzos de los misioneros católicos. Se les permite

vivir en resguardos y elegir sus propios gobernadores. Entre los indios que todavía no han sido sojuzgados están en primer lugar los guajiros, que, en número aproximado de 30.000, habitan el litoral situado al oeste de la bahía de Maracaibo y que frecuentemente asaltan las colonias vecinas. Los guayanos, que pueblan las islas formadas por los deltas del Orinoco, llegan a 8.000 individuos. Los Caribes viven en la costa de la Guayana Española, entre la desembocadura del Esequibo y el Orinoco. Hasta ahora han sido malos vecinos; se espera sinembargo que la República podrá ganarse su amistad. Fuera de estas tribus se encuentran junto al Orinoco, sobre las cataratas de Atures, en general en toda la inmensa región entre las cabeceras del Orinoco y Marañón, pueblos salvajes que hasta ahora han resistido vigorosamente a todos los esfuerzos que hicieron los españoles para subyugarlos y obligarlos a una vida ordenada.

Ciudades principales

Santa Fe de Bogotá era antes la capital del Nuevo Reino de Granada y es actualmente la sede del Gobierno republicano. Está situada cerca del pequeño río Bogotá, que desemboca en el río Magdalena, y edificada de una manera airosa. La planicie espaciosa y fértil que la rodea está a más de 8.000 pies sobre el nivel del mar. La ciudad tiene unos 30.000 mil habitantes.

Santo Tomás está construida conforme a un plano regular, en la orilla meridional del Orinoco y tiene 7.000 habitantes.

León de Caracas, o sencillamente Caracas, se encuentra entre las montañas de la costa septentrional en un valle que se eleva a 3.900 pies sobre el nivel el mar. La ciudad está edificada regularmente, y tenía en el año de 1802, 42.000 habitantes, de los cuales la cuarta parte estaba constituida por blancos y el resto por negros, indios y mulatos. En marzo de 1812 un horrible terremoto que costó la vida a 12.000 personas, destruyó muchos edificios. La Guaira, el puerto de Caracas, se halla a tres millas al norte de la ciudad, en un lugar malsano de la costa ya que los altos cerros que la encierran cortan las corrientes de aire. Aunque este puerto es el más frecuentado de toda la costa no tiene protección contra el viento ni tampoco rompeolas siendo por tanto el embarque y desembarque sumamente incómodos y, a menudo, impracticables. La población es de 6.000 almas.

Quito está situado en los Andes, casi bajo la línea ecuatorial, más o menos a veinte millas de la costa del Océano Austral. Está edificado

en las faldas del volcán Pichincha, que tiene aproximadamente 8.772 pies sobre el nivel del mar. El clima es muy delicioso; ocurren, sin embargo, espantosos terremotos. La población, de 70.000 habitantes, comprende una sexta parte de blancos y cinco sextas de indios y mestizos.

Cartagena, bajo 76° de longitud oeste de Greenwich, tiene un puerto de gran capacidad protegido contra todos los vientos, con aguas bastante profundas y buenos fondeaderos. No obstante, la entrada es muy estrecha. El clima es extremadamente cálido e insalubre; sin embargo, Cartagena debe a su situación favorable un tráfico importante. La población se estima en 24.000 personas.

Puerto Bello está en la costa septentrional del istmo de Darién, tiene un puerto excelente, pero su situación es malsana, y el número de habitantes insignificante.

Panamá, con 12.000 habitantes, situada en la costa meridional del istmo del Darién, a sesenta y cinco millas al sur del Puerto Bello en el fondo de la bahía de Panamá, era antes el teatro de un movimiento comercial muy activo.

Guayaquil se encuentra en la orilla del río del mismo nombre, a unas cuatro millas de su desembocadura. El río es navegable hasta la ciudad por embarcaciones de todo tamaño, y forma un puerto excelente.

Maracaibo está en la ribera occidental del lago del mismo nombre junto a su salida. El puerto tiene a su entrada un banco de arena por el cual no pueden pasar buques de más de doce pies de calado. La población consta de 25.000 almas, siendo más de la mitad blancos.

Cumaná está situado junto a la entrada del golfo de Cariaco, en una planicie estéril y arenosa, más o menos a una milla de la costa. Los habitantes, en número de 18.000, se dedican casi en su totalidad a la navegación y pesquería.

Puerto Cabello, a unas 18 millas al oeste del León, se halla en una península y sirve de emporio a una comarca extensa. Su puerto es de los mejores en América ya que es profundo, ancho, está protegido de la manera y el viento y defendido por varios fuertes. Los 7.500 habitantes se dedican casi todos al comercio y la navegación; en los últimos tiempos se dedicaron a considerables negocios de contrabando entre Curazao y Jamaica.

Popayán está situado en los Andes, bajo 2° 28' de latitud norte, aproximadamente 50 millas al suroeste de la capital, en una vasta planicie que está a una altura de 5.900 pies sobre el nivel del mar, muy

cerca de dos grandes volcanes. La población se calcula en 25.000 personas de las que una tercera parte son de raza negra.

Angostura, sobre el Orinoco, más o menos a 80 millas de su desembocadura, sostiene un comercio considerable y cuenta con 7.000 habitantes.

Canales y comunicaciones fluviales

Se han hecho varios proyectos para unir los dos océanos por medio de canales. El pequeño río Chagre, que vierte sus aguas en el Mar Caribe, un poco al oeste de Puerto Bello, es navegable hasta las Cruces, a tres millas de Panamá. Todavía no se ha averiguado exactamente a qué altura se levanta el terreno entre los dos lugares mencionados. Pero se tienen motivos para suponer que un canal para lanchas no sería cosa imposible, en cambio para buques marítimos sería del todo impracticable. Un brazo del río Atrato que sale al golfo del Darién se acerca al Océano Pacífico en una distancia de 1 a 4 millas; el nivel intermedio es totalmente horizontal y propicio para la construcción de un canal. Otro brazo del mismo río se acerca a un río de escaso caudal, el cual desemboca en el Océano Austral, hasta tal punto que ya se ha excavado un pequeño canal entre los dos, por el cual, en épocas de lluvias, pasan canoas con cargamentos de cacao de un océano al otro.

Por el Orinoco y sus afluentes se brinda a los distritos situados al sur de la cordillera de Venezuela una comunicación cómoda con el mar, por la que se transportan los productos de la ganadería y la agricultura. Además, por el Meta, existe una conexión fluvial hasta casi al pie de los Andes. La harina y otros productos del extenso distrito de Santa Fe de Bogotá, son transportados a los mercados más por el Orinoco que por el Magdalena.

Comercio

Los principales artículos de exportación son el cacao, añil, tabaco, café y ganado. Los artículos de importación consisten en manufacturas de casi todas las especies. Las colonias extranjeras vecinas, sin embargo, se han dedicado al comercio de contrabando hasta tal extremo que se ha hecho imposible calcular el verdadero monto de las mercancías importadas y exportadas según el control de aduana. Los holandeses se han entregado a este comercio casi durante dos siglos desde Curazao y los ingleses en épocas recientes desde Trinidad, Jamaica y Barbados. Debido

a la vecindad de estas colonias, la gran extensión de la costa y la particularidad de la navegación en el Orinoco, este abuso está tan estimulado que quedará difícil ponerle trabas.

Religión

La religión es la católica romana y el número de sacerdotes era en tiempos anteriores extremadamente grande. Pero en los últimos años la oportunidad de distinguirse en la guerra y en el ramo administrativo, ha sustraído al clero gran cantidad de hombres jóvenes.

República de Colombia

Conforme a la Constitución se instaló el Congreso General de Colombia el 6 de mayo de 1821 en la ciudad de Rosario de Cúcuta. Ante todo trabajaron en la redacción de la Constitución y finalmente se convino en que los dos estados formaran una sola nación bajo un gobierno popular representativo que según el modelo de los norteamericanos separa los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. El presidente Bolívar mientras tanto se empeñó en poner fin a la guerra. El 24 de junio de 1821 se libró la memorable batalla de Carabobo en la que fue totalmente destrozado el ejército realista, y perdió su artillería, equipo y más de 6.000 hombres. A principios del año de 1821 ya no estaban ocupados por los españoles sino Puerto Cabello en Venezuela y el istmo de Panamá en la Nueva Granada. En 1822 los ingresos de la república fuera de Quito y Panamá, ascendieron a 6.000.000 de florines, los egresos a 14.000.000, el déficit a 8.000.000. A pesar de esto el pie de fuerza era sólo de 19.000 hombres, y la flota tenía 16 veleros con 82 cañones.

* * *

Como puede observarse, tampoco este mapa se refiere con mayor exactitud a la región del Macizo Colombiano. Sin embargo, está marcado en él, por la estructura de los Andes, su sitio predominante. A fines del siglo pasado, el general Vergara y Velasco incorporó el Macizo Colombiano en un sistema de regiones naturales construido geográfica y científicamente, pero teóricamente en contraste con la Geografía práctica de los Conquistadores. (Ver mapa).

Sobre la base de los estudios del general Vergara y Velasco y del profesor Pablo Vila en su trabajo sobre Regiones Naturales de Colombia, publicado en la Revista Colombia, se hizo la siguiente clasificación del país en grandes regiones naturales con pequeñas correcciones por nuestra parte y que se pueden ver en el mapa No. 3 de los que acompañan

este estudio, el cual es una ampliación del “Mapa de las Américas”, en escala de 1/5.000.000, de la American Geographical Society of New York. Es este mapa, sin duda, el más moderno, el que muestra el conjunto de la Hidrografía y la Orografía del país.

Las cartas que publicamos muestran errada, cada una por sí, la fisonomía del país, según la época y los conocimientos. El primero, la época de la Conquista y la Colonia; el segundo, los principios de la vida independiente de los jóvenes países; y, el tercero, se nos presenta como mapa mudo físico moderno, indicándonos por sí solo las grandes regiones naturales. Para no impedir la clara visión de la estructura geográfica del país, dibujamos en una esquina del mismo mapa, un croquis con las grandes regiones naturales, según el conocimiento actual de Vergara y Velasco, el profesor Vila, y con pequeñas correcciones nuestras. Según este mapa hay las siguientes grandes regiones naturales en Colombia:

- 1.- Guajira.
- 2.- Sierra Nevada
- 3.- Costa Magdalenense.
- 4.- Depresión Momposina.
- 5.- Sinú.
- 6.- Macizo Antioqueño.
- 7.- Quindío.
- 8.- Valle del Cauca.
- 9.- Chocó.
- 10.- Llanura el Pacífico.
- 11.- Macizo Colombiano.
- 12.- Hoya del Patía.
- 13.- Altiplano de Pasto.
- 14.- La Cordillera.
- 15.- Magdalena Huilense.
- 16.- Magdalena Tolimense.
- 17.- Magdalena Central.
- 18.- Catatumbo.
- 19.- Montaña Santandereana.
- 20.- Hoya del Suárez.
- 21.- Región de Pandí.
- 22.- Altiplano Cundinamarqués-Boyacense.
- 23.- Las Serranías Orientales.
- 24.- Los Llanos.
- 25.- La Selva Amazónica.

Esta división del país en grandes regiones naturales no es definitiva y fue únicamente aceptada como para tener una base sobre la cual se puedan adelantar los estudios mencionados. Por ejemplo, ya dibujadas estas zonas sobre el mapa físico acompañante, se presentarán múltiples dificultades por razones de una escala más grande que exige más detalles y por el hecho geográfico de que en Colombia las regiones naturales no se pueden fijar únicamente en extensiones horizontales, sino también verticales y estos detalles verticales nos los presenta el mapa físico en forma de curvas de nivel sobre las cuales la antes citada división de las regiones naturales, ya no es aceptable o lo es con una minuciosa subdivisión cuya guía serán las mismas Orografía e Hidrografía citadas en el mapa.

Según nuestro trabajos en el terreno, trataremos cada una de estas zonas en los números siguientes del BOLETÍN DE ARQUEOLOGÍA, empezando con la gran región del Macizo Colombiano.

¿Cuáles son las razones para definir una región natural? En primer lugar las leyes de la Geografía Física, que a su vez, repercute como fisonomía del paisaje en la formación de áreas culturales del hombre y sellando el carácter cultural de una región y sus moradores, como fenómeno natural basado en los siguientes hechos geográficos:

- a) Como fuente de abastecimientos. –Economía.
- b) Localización y comunicaciones. –Comercio, Intercambio.
- c) Influencia no material del espacio o región, en su conjunto como fisonomía geográfica, afectando hondamente el carácter cultural. –Arte, Ciencia, Religión.

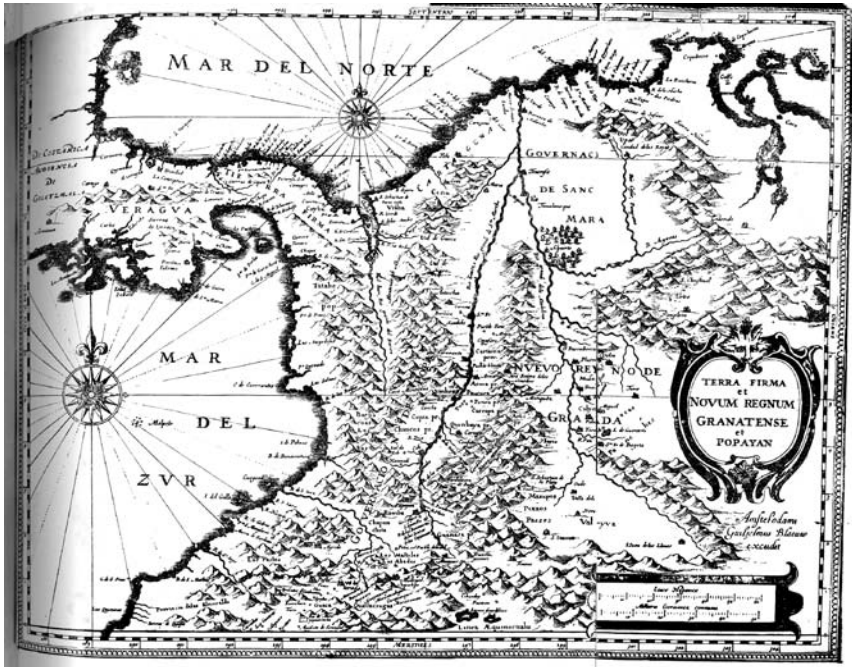
Sobre estas bases se puede hacer la siguiente clasificación:

1° – Áreas marítimas; 2° – Áreas costeras; 3° – Áreas fluviales; 4° – Áreas de llanura; 5° – Áreas de montaña.

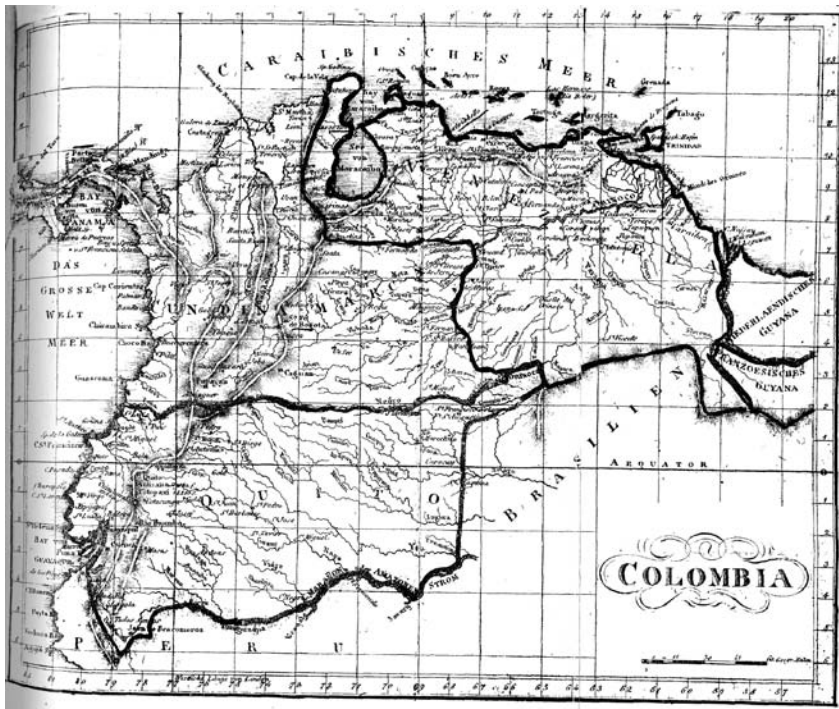
Claro está que la subdivisión no cabe ya dentro del esquema de esa índole, sino que resulta siempre diferente debido a la originalidad del espacio (Véase el artículo publicado por el autor en el N 3° del BOLETIN DE ARQUEOLOGIA), que a su vez da un carácter especial al área cultural formada por el hombre.

BIBLIOGRAFIA

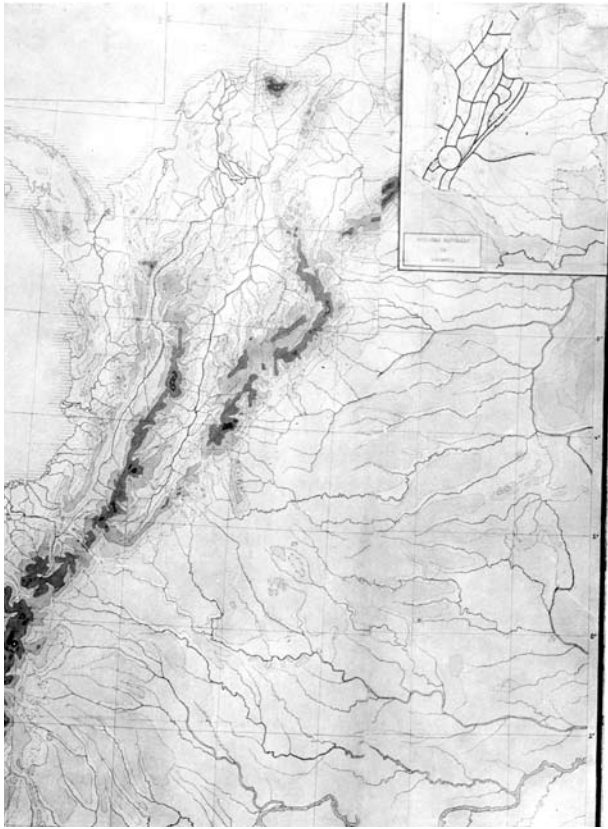
- 1.– *Humboldt, Alejandro de.* –Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente hecho en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 y 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland. Traducción de Lisandro Alvarado. Caracas, 1941, pp. 293-294, Libros 3° y 4°.
- 2.– El mismo, pp. 297, libros 3° y 4°.



Volver al llamado



Volver al llamado



[Volver al llamado](#)

M U S E O L O G I A

Por: LUIS A. SANCHEZ V.

Así como en la arquitectura contemporánea la edificación no puede considerarse como un simple rectángulo rodeado de fachadas, entre las cuales se coloca, sin orden ni programa previo, un número determinado de escaleras, de muros suplementarios, de columnas, etc., puesto que de tal orden y de su acertada colocación depende el que se llenen a cabalidad las funciones del edificio, tampoco debe considerarse la constitución del salón de museo o del Museo en general, como una simple caja en la cual se guardan en forma más o menos regular, sea contra los muros o bien en estanterías, los objetos que por sí mismos son en muchos casos un espectáculo para la vista y generalmente una sorpresa para el observador, ya que las funciones de simple exhibición deben depender de un programa previo y obedecer también a un orden determinado, siendo estos diferentes de uno a otro museo, según el carácter de cada uno de ellos.

Así mientras en un museo de ciencias naturales se trata de restituir el objeto de exhibición a lo que pudiéramos llamar su *propio ambiente*, en el museo de arte dicho objeto debe ser sustraído a cualquier influencia que le impida presentarse por sí solo, de manera airosa, y en forma que solamente los elementos naturales, bien aprovechados, sean los que sirvan de vehículo para su perfecta apreciación. En los museos de historia natural, de artes plásticas, etc., hay varios factores que permiten al observador captar en forma más o menos rápida y concisa el significado y la importancia intelectual o cultural, así como muchas otras condiciones inherentes al objeto observado; tales factores son por ejemplo, en las artes plásticas, el hecho de que la obra presentada sea comprensible en la generalidad de los casos, porque coincide con conocimientos latentes entre el público, ya sea por sincronismo de costumbres e

ideas, o bien porque las que en ella van expresadas estén bastante difundidas a través de la historia y de la literatura. En los museos de historia, ciencias naturales o sus similares, hay además de los anotados, otros factores favorecidos por la analogía de las observaciones hechas fuera del museo, sobre piezas y objetos a veces iguales a los que en él se exhiben. No sucede lo mismo en los museos de arqueología, donde en realidad el único punto de contacto entre el científico especialista de la materia, que es quien da la explicación apropiada, y el público que la recibe, es la habilidad o pericia con que a éste le sean presentadas las piezas objeto de la exhibición.

Naturalmente que en cualquier caso, las deficiencias en el orden, la colocación o la iluminación de los objetos exhibidos, pueden entorpecer y aún anular la apreciación de sus características esenciales. Para obviar este peligro hay una nueva ciencia; la museografía, la cual, según Mr. Henri Verne, director de Museos Nacionales en Francia, “da a la lógica y a la imaginación del museólogo, todas las invenciones, todas las sugerencias, todas las precisiones por las cuales rivalizan los renovadores o los creadores de los museos del mundo”. Desde luego esta definición es tanto más exacta para los museos de artes plásticas, cuanto que en ellos se cuenta con un personal de servicio constituido en su mayoría por profesionales artistas, especializados en los problemas de luz y presentación del material de acuerdo con sus colores o formas predominantes, y donde, además, se cuenta para la diferenciación de estilos o de escuelas con el conocimiento acumulado por la humanidad en sus siglos de existencia. No sucede lo mismo con los otros museos y en forma especial con los museos de arqueología, cuyo personal está constituido en su mayoría por especialistas en materias completamente ajenas a los problemas antes dichos. Es un principio aceptado el de que “en realidad cada museo, según el momento en que ha sido concebido y el público al cual se dirige, responde a un programa diferente y determinado. No se deben tener en materia de museos ni ideas dogmáticas, ni principios *a priori*”.

Varias razones nos llevan a pensar que en cuanto a la museografía en Colombia, se debe comprender, en primer lugar, que, si en otros países han gastado tiempo y dinero para adquirir la experiencia con que los museólogos dominan los accidentes adversos a la exhibición, tales como el reflejo, la contraluz, los fondos de color inadecuado, los ruidos, la desproporción de las vitrinas o de los medios de exhibición, etc., no hay justificación para que aquí se gasten también, para llegar a esas mismas

conclusiones cuando de tales países podemos aprovechar su experiencia y posiblemente avanzar sobre ella. Por dicha causa se han aceptado en los museos extranjeros varias bases que son, por desgracia, muy poco tenidas en cuenta entre nosotros cuando de organización museal se trata. Estas bases son entre otras muchas, las siguientes: Primera, que el museólogo debe ser un perito en el conocimiento del color, de la luz, y de la forma. Por esto creemos que nadie más indicado, en este caso, que el artista decorador profesional, por ser precisamente quien se ha dedicado al estudio de estos tres factores. Este criterio está confirmado y nos da la certeza de que no es errado, al saber que la mayoría de los grandes museos, hoy en día, utilizan para este trabajo a competentísimos y reconocidos artistas, de los cuales recordamos, entre otros muchos, a Miguel Covarrubias, quien ha ejecutado dicho trabajo en diferentes museos de México y últimamente en el Museo de Filadelfia; Clarence S. Stein; M. A. Perret y J. Ch. Moreaux en el Musée d'art moderne de París. Pierre Vago en el Palacio de Arte de Milán, así como los grupos de decoradores que constituyen los departamentos de Museología en el Museo del Hombre en París, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y en muchos otros que no consideramos necesario mencionar. Desde luego se puede objetar, que si el material de exhibición se somete únicamente a una presentación decorativa, puede ser afectado por el hecho de que piezas de mérito científico y de modesto aspecto, pasarían a ocupar lugar secundario; pero es éste, precisamente, el punto en que se hace más necesario el servicio del museólogo, puesto que a él debe ser sometido por los investigadores del museo un memorándum en el cual se expliquen, en resumen, las características, relaciones, influencias o dependencias científicas de cada elemento exhibible, para, asimismo, hacerlo destacar en la exhibición.

Por lo expuesto se puede apreciar que la museografía requiere una preparación especial, y que no debe ejecutarse, como se ha venido aceptando entre nosotros, únicamente con la imitación de lo que se haya visto en museos de otros países. Hay que tener en cuenta que la mentalidad de los distintos pueblos no es igual y que no todos los museos cuentan con los mismos elementos; así, cuando en un país se emplean determinados productos regionales para ayudar a la exhibición y conservación, etc., ya sea por economía, por características climáticas o por cualquier otro factor, es lógico que ellos no se deben imitar inconscientemente, porque ello ocasionaría resultados tan desastrosos como “la pintura al óleo imitando mármol” u otros por el estilo, únicamente porque

el ejemplo ha sido tomado en cualquier otro museo. Además, Colombia tiene materiales propios y elementos que se han venido desaprovechando para este propósito y que son muy adaptables a las necesidades museales.

De acuerdo con el criterio últimamente expuesto, queremos esbozar en este artículo un plan de museología (especialmente para museo arqueológico) que esperamos sea utilizable en nuestro país, ya que es en la rama de la arqueología en la que éste puede destacarse desde un principio con más facilidad, puesto que la suerte lo favoreció dejando en sus tierras una de las mayores riquezas prehistóricas de toda la América.

Excepcionalmente los contadísimos casos en que un museo se forma gracias a las donaciones o al interés de un coleccionista particular, puede decirse que los museos de Colombia han seguido una trayectoria que con ligeras variantes –por lo que hemos podido observar en diversos casos tales como el “Museo de Historia”, el de “La Salle” y el de “Bellas Artes” en Bogotá; el de “Zea” y el “Leocadio M. Arango” de Medellín, y muchos otros– es la siguiente: Al comienzo, una galería que permite resguardar y mostrar los objetos o documentos de su especialidad; después, con el aporte de los investigadores, o por compras, donaciones, etc., se va presentando el problema de la acumulación; problema que por no haber sido previsto, se trata de solucionar con un sistema de eliminación arbitraria, que en la mayoría de los casos no ha sido otra cosa que el principio de desintegración del museo, cuando éste no ha sido absorbido por otro que se considera *más nuevo* por estar patrocinado por otros individuos o entidades y el cual, a su vez, está condenado al mismo destino.

Si esta falla, como se ha visto, se presenta desde el principio, bueno es pensar que la mejor solución se encuentra abocando el problema antes de que éste tome tan graves características. Así pues, cuando aún no se ha presentado la acumulación de materiales, el museólogo, de acuerdo con los especialistas investigadores de su museo, debe empezar a buscar la solución de determinados problemas que son los de ventilación, iluminación, tráfico, relación de servicios, etc., presentando para el arquitecto un programa que comprenda desde las aspiraciones y necesidades museales hasta sus finalidades (1) y que, en términos generales para Colombia, creemos que podría ser el siguiente:

(1) Justo es reconocer que sobre este particular el primer museo de Colombia que ha acudido –previniendo sus problemas– a esta técnica museal, es el “Museo del Oro” del Banco de la República, cuyos directores han mandado construir, a una conocida firma de arquitectos, el salón especial para exhibiciones.

Arquitectura:

Los planos arquitectónicos del museo someterán la forma de las salas, la distribución, circulación. etc., al programa que, como antes dijimos, debe ser presentado por el museólogo en colaboración con cada uno de los investigadores. No debe olvidarse que es la arquitectura la que va a ayudar a las piezas del museo, y no éstas a las necesidades arquitectónicas. No debe, por tanto, utilizarse ninguna de las piezas de exhibición para complementar o sustituir detalles arquitectónicos, ni siquiera debe colocarse ninguna de éstas en forma que pueda dar tal impresión.

El problema de decoración general del museo puede resolverse de diferentes maneras y por lo regular debe responder a distintas finalidades, según las características de tamaño, color y ambiente de los elementos, o del tipo de exhibición que de éstos se desée hacer.

Al proponer el problema que podemos llamar de “espacio”, es conveniente recordar que Colombia no puede darse el lujo de fraccionar sus museos, dejando unos para delectación de aficionados, otros para utilidad de eruditos o para jugar papeles simplemente educativos; debemos por tanto, aceptar, como se acepta mundialmente hoy en día, que todos estos propósitos pueden conciliarse dentro de un mismo museo. Para lograr esto en su mejor forma, es necesario que la distribución de galerías y salas de exhibición se haga de modo que las primeras queden ocupadas por elementos de gran tamaño o de excepcional importancia, en tanto que las de interés simplemente documental puedan pasar a las salas pequeñas, siempre que éstas sean accesibles al público y principalmente a la solicitud de los eruditos o estudiantes. Estas salas, desde luego, deben ser agrupadas en forma que los visitantes puedan circular de una a otra, sin necesidad de pasar por ninguno de los otros servicios anexos al museo, tales como la parte dedicada a la enseñanza —en la cual deben estar agrupadas, la sala de conferencias, la biblioteca, el salón de profesores, el de alumnos, etc.— y la parte administrativa o de servicio interno del museo en la cual deben quedar comprendidas: la dirección, los servicios de investigación, y aquellos cuya importancia aumenta con el crecimiento del museo; la sala de recepción y clasificación de elementos museales, el departamento de dibujo técnico y cartografía en los museos científicos, y taller de pintura y escultura en los de arte, los laboratorios, talleres de moldeo y reparaciones, cámara oscura para fotografía y, si es posible, taller de carpintería y mecánica.

De cómo deben ser agrupadas las distintas partes según lo hemos relacionado, es cuestión que debe resolver el arquitecto. No obstante, nos atrevemos a sugerir que en caso de que se logre evitar la superposición, estas partes deben ordenarse con base en uno o dos ejes, pero con todas las posibilidades de extensión.

Cualquiera que sea la composición adoptada, el museo lleva consigo ciertas necesidades imperativas que se deben tener en cuenta: la facilidad de acceso, la separación entre las salas de exposición y las dependencias administrativas y de investigación, con el fin de que unas y otras puedan ser cerradas sin condenar las restantes. La parte que hemos llamado de administración o de servicio interno, debe quedar, hasta donde sea posible, en forma que evite los largos trayectos a las salas de exhibición; la sala de recepción y clasificación de elementos museales debe quedar con acceso directo a la vía pública. Si el edificio es de varios pisos, las escaleras o el ascensor deben *entregar* lo más cerca posible a las salas de exhibición. Es de desear que este plan facilite la entrada rápida a los distintos departamentos, evitando el exceso de puertas o comunicaciones las que, por otra parte, dan al visitante la sensación de inseguridad y desorientación.

La cuidadosa atención a muchas de estas observaciones traerá además ventaja tan apreciables como la de evitar el excesivo número de guardianes o, en su defecto, establecer un sistema de tráfico cuyo resultado será que cualquiera de las personas no pueda ver la obra o la sala en que esté especialmente interesada, sin atravesar los demás salones y formar en fila con el resto de los visitantes.

Respecto a los materiales de construcción, nadie mejor que el arquitecto sabe cuáles han de ser los más aconsejables; sin embargo, no dejaremos de hacer presente que el museo es el lugar donde se guardan tesoros insustituibles que, por lo mismo, deben estar al abrigo del fuego y de la humedad. Será necesario cubrir los muros con aislantes y darle gran importancia a la inmunización de los basamentos. Los entresuelos y columnas se calcularán con el mayor coeficiente posible de resistencia en prevención de un futuro crecimiento del museo. Es imprescindible que la instalación eléctrica sea cuidadosamente estudiada para que de ella se pueda hacer una revisión regular, evitando así los corta circuitos. Es necesario renunciar a los artesonados y adornos de maderas pintadas al óleo; al tapizado de tela en los muros; al “parquet” que, entre otras desventajas, tiene la de ser fatigante; en fin, cuanto

más sencilla sea la arquitectura del museo, tanto más eficiente será su funcionamiento. La tendencia a adoptar la decoración interna o externa al carácter de las colecciones debe ser sustituida por la de eliminar toda ornamentación inútil; esto tiene a más de la ventaja de ser funcional e “higiénico”, la de prevenir toda posibilidad de cambios en el destino de los salones y, más aún, la de substitutiones dentro de la respectiva sala.

Sobre la forma de los salones, sólo insistiremos en que deben combinarse varias dimensiones, ojalá siempre dentro de la rectangular alargada y procurando que su iluminación sea cenital. Desde luego, no dejaremos de recalcar que también para éstos deben tomarse en cuenta las posibilidades de extensión.

Para los museos filiales o seccionales, el programa será el mismo en cuanto a construcción, reduciendo la proporción general y prescindiendo de algunos servicios que pueden ser prestados desde el museo central.

Organización general

La organización de museo puede resumirse en algunos puntos que podrán ser ampliados e eliminados según las necesidades de cada uno en particular, y que, en términos generales, son los siguientes:

1º– Exhibir para el público regular, un número limitado y seleccionado de elementos que muestren, en resumen, los resultados de investigación científica que sobre ellos se haya hecho. Es obvio que cada uno de éstos debe ser exhibido de manera que sobresalga su belleza o valor específico.

2º– Hacer una selección de colecciones para estudio, investigación y comparación, y darles un lugar especial para que sean accesibles a quienes vayan a trabajar sobre ellas, sin que tengan que desordenar o descompletar las citadas en el párrafo anterior.

3º– Los elementos anteriores deben ser sometidos a una rigurosa catalogación por medio de fichas que relaten someramente: el número de orden de la pieza, sus dimensiones, color, material de que está hecha y en general cualquier otro dato que permita una posterior identificación, descripción de sus características, cultura o región a que pertenece, detalles de adquisición, diseño de forma, fotografía y datos bibliográficos. El ideal de esta catalogación es hacer varias copias de fichero y clasificar según regiones, formas, etc., para dar al estudiante y al investigador una fácil visión del conjunto en que esté interesado.

4°– Relacionar el museo público, el reservado al estudio y la sala de investigación con los ficheros, en forma tal que cualquier persona que se interese por una cultura o región en general, o por un elemento en particular, pueda adquirir los detalles que necesite en forma rápida y sin fastidiar a los demás investigadores.

La organización detallada e interna de cada museo, requiere otra serie de puntos que varían notablemente según los distintos casos y que deben ser resueltos por el personal de servicio, de acuerdo con una gran cantidad de experiencias.

Presentación del material

El principal objetivo de la museología, es, evidentemente, obtener una perfecta presentación del material. Y como dijimos al principio, toda nueva sugestión o conocimiento debe ser adoptado en beneficio de este propósito. Para obtener los mejores resultados hay que hacer diferenciación y provocar a la vez una estrecha colaboración entre la labor del museólogo y la del conservador del museo. Es a este último, a quien corresponde entregar el material clasificado según su importancia estética, cultural o regional, después de haberlo sometido al proceso de reparación, limpieza e inmunización, para que el museólogo pueda hacer la debida presentación mediante uno cualquiera de los vehículos de exhibición que a continuación enumeramos.

Vitrinas.— Podrán ser verticales u horizontales; para evitar toda fatiga en la observación es necesario colocarlas de manera que sus cristales no reflejen nada de los que las rodea y que sus dimensiones tengan una proporción que no obligue al visitante a acurrucarse para apreciar los objetos de los entreaños inferiores ni a empinarse para apreciar los de los superiores.

La experiencia ha demostrado que el centro del campo visual en la vitrina vertical debe estar a 1.50 mt. del suelo; el borde inferior a 0.90 mt. y el superior a 1.90 mt. Para las vitrinas horizontales son aconsejables las siguientes dimensiones: 1 mt. sobre el suelo para el nivel del fondo y 1.25 mt. al nivel de la tapa cristal, la cual a su vez debe tener una inclinación de 20 grados.

Los reflejos a que antes hicimos referencia pueden evitarse de dos maneras: 1ª Poniendo fondos de color neutro y claro; y 2ª Provocando mayor densidad luminosa en la vitrina, que en la sala de exhibición. Cuando los objetos requieren fondos oscuros éstos deben ser completamente mates.

El arreglo o distribución interior de la vitrina es cosa que debe encontrar solución diferente en cada caso, y sólo el museólogo experimentado puede hacerlo acertadamente. Nos permitimos, sin embargo, aconsejar la prescindencia absoluta de elementos de observación, que al ser manejados por el público, están expuestos a desgaste o daño rápido; tal es el caso de las lupas móviles para ampliación de objetos pequeños, las que, por otra parte, no pueden ser graduadas para las diferentes capacidades ópticas de quienes las hayan de utilizar. En este último caso creemos más útil y suficiente para el público regular, exhibir el objeto pequeño con una ampliación dibujada o fotográfica del detalle o de los detalles que son importantes de observar. Los análisis u observaciones más intensas deben hacerse en la sala de investigación. Tampoco aconsejamos la colocación de objetos sobre bases giratorias para ser manejadas desde fuera de la vitrina. Para este caso creemos más recomendable la exhibición en una vitrina central con vista para todos los lados, y en último caso, el empleo de espejos.

En general las vitrinas pueden ser construidas de madera, metal o pasta, pero debe evitarse por cuanto medio sea posible, que sus venas o los marcos de los cristales ocupen demasiado espacio, para que no entorpezcan la vista hacia el interior.

Gráficas y mapas explicativos

Los complementos para la presentación del material son: el gráfico explicativo, el mapa y el diorama. El primero puede en muchos casos ser combinado con los mapas; sin embargo, cuando se trate de dar una explicación sobre el uso, fabricación o simbolismo de un elemento determinado es mejor presentar gráficamente el proceso que se desea explicar, de manera que la conclusión conduzca a la observación de los mapas en los cuales se enseña la correspondiente distribución geográfica o la intensidad de las áreas de dispersión. No nos atrevemos a hacer sugerencias sobre la ejecución propiamente dicha de éstos, puesto que es un asunto que sólo puede ser resuelto por cada museólogo según sus experiencias y conocimientos; pero sí insistiremos en que la colocación de gráficos y mapas, debe hacerse teniendo en cuenta que debe evitarse el contraluz, cuyo fenómeno más incómodo es el deslumbramiento, que se produce cuando la fuente de luz está tras el objeto observado en línea con el ojo del observador. Un segundo fenómeno no menos incómodo que el anterior, es el reflejo luminoso que puede ser provocado por los planos protectores de cristal sobre cualquier mapa o gráfico; para re-

mediar estos inconvenientes, es necesario establecer sistemas de iluminación que proyecten los chorros de luz sobre los gráficos o mapas en ángulos mayores de 45 grados en relación con el cono óptico del observador; el cuadro debe tener una altura suficiente para no fatigar el cuerpo del ojo con movimientos alternos de arriba abajo, al esquivar el reflejo; esta altura será variable de 1.40 a 1.50 mt. (del centro del cuadro al suelo) tanto para los gráficos grandes como para los pequeños. Para la exhibición de telas en bastidores deben tenerse en cuenta las mismas condiciones de luz que para los gráficos y mapas.

El empleo del diorama lo creemos útil para los museos de historia natural en caso de que se reconstruyan fielmente las escenas que el diorama puede representar; pero para otros museos creemos infantil e inútil este uso, puesto que su valor científico es casi nulo y su costo no responde al propósito de su empleo. En cambio como de gran utilidad para el museo colombiano, nos atrevemos a aconsejar el empleo de “maquetes” hechas en escala decimal, pues creemos, que por su misma sencillez, son más comprensibles.

Muchas otras observaciones quisiéramos hacer sobre un tema tan importante como ese del montaje del museo; desgraciadamente no podemos ocupar todo el espacio que esto requeriría y por eso nos limitamos únicamente a lo hasta aquí consignado; lo poco que hemos dicho ha sido con el ánimo de prestar un servicio al despertar un criterio más severo que el actualmente existente en los trabajos de museología en Colombia. Tal vez ello contribuya a que nuestros museos no tengan que vivir todas las experiencias de los antiguos museos de otros países, ni a corregir con nuestro dinero los actuales errores.

I N D I G E N I S M O

L O S M O T I L O N E S

POR: ROBERTO PINEDA GIRALDO

Bajo el nombre de Motilones se designa a una serie de tribus que ocupan parte del noreste colombiano y del occidente venezolano, en los departamentos de Norte de Santander y Magdalena en Colombia y el Estado Zulia en Venezuela; es decir, desde el río Catatumbo al sur, hasta aproximadamente el Guazare al norte y teniendo como su avanzada más occidental en las sierras de Perijá y Motilones. Estas tribus han mantenido hasta ahora su independencia y sus características “primitivas”. Algunas de ellas son “...los antiguos pacabuyes, giriguanas, bobures, quiriquires... ellos propiamente se nombran *porotos* que equivale a decir *los monos*” (5, 16); los socombas, yucures, casacaraes, sicaraes, candelas, jobo (6, 487-488), los Psicacau, Maraca, Kunawasaya (hombres del agua. Así designan los Motilones de la sierra a los del Catatumbo), etc.; algunos son sedentarios y sólo se ausentan de sus poblados para sus expediciones de caza y pesca o lo abandonan muy de tiempo en tiempo, y otros son nómades.

A propósito, el ya mencionado señor Oramas dice: “...vagan errantes estos indios todavía en hordas salvajes por las ciénagas de los ríos Catatumbo, Oro, Socuavo, Zulia, Tarra, Sardinata, San Miguel, Motilón, Apón, Aponcito, Macoita, Río Negro, Tucuco, Agua Blanca, Ariguaisa, Sierra de Perijá, Machiques...” (5, 16). Este autor los hace llegar hasta el Magdalena. Posiblemente en épocas de la Conquista y aun de la Colonia, sí fueron esos valles dominio suyo, pero en la actualidad sólo se encuentran en las serranías de Perijá y Motilones, en lo que al Departamento del Magdalena se refiere.

Justiniano J. Páez trae en su estudio una carta dirigida por el señor José Ignacio Ruiz, miembro de la Comisión Delimitadora colombo-

venezolana, al director de “El Tiempo”, el 10 de noviembre de 1935, en la cual hace una división de los indios Motilonos: los del César (Colombia) –parece que aquí quedan incluidos los de las sierras de Perijá y Motilonos– y los de Santa Ana y Apón (Venezuela), por una parte, y los del Catatumbo por otra; los primeros mansos, los segundos belicosos; los primeros degenerados y mezclados con los “arhuacos”; los segundos descendientes puros y directos de los karib. Duda el señor Rodríguez en su carta de que ambos tengan el mismo idioma, y el mismo señor Páez lo duda también cuando escribe: “...por cuanto el vocabulario atribuido por algunos autores a los indios del Catatumbo no ha sido recogido directamente por los etnólogos, sino a través de las versiones de algunas personas que dicen haber estado en contacto con las mencionadas tribus. En cambio el lenguaje de los indios de Machiquea y del César” (sic) “sí ha podido ser estudiado y compilado por personas autorizadas en su propia fuente”. (6, 490) y otra de las causas que se anotan como diferenciales es que los primeros no conocen la sal, mientras los segundos sí, y la aprecian considerablemente (6, 491).

Nosotros hacemos notar esa diferencia de estatura de los Motilonos más adelante, y anotamos también cómo el idioma de estos indígenas de baja estatura es asimismo un dialecto karib, fuertemente emparentado con los Opón-Carare, karib de gran estatura, y con los demás grupos karib americanos, especialmente los de las Guayanas, y también, como culturalmente pertenecen a este mismo grupo.

De la fiereza de estos “pigmeos”, “indios mansos”, estamos igualmente convencidos, por las demostraciones que vimos, por las relaciones que de su propia boca recibimos, y lo están también los habitantes de Becerril, Codazzi y otros pueblos limítrofes de la nación motilona, como podremos leerlo más adelante.

En resumen, nosotros afirmamos una unidad lingüística y cultural para todas las tribus motilonas, con algunas distinciones dialectales, especialmente fonéticas y con ligeras variaciones de técnica o de ciertos elementos, debidas en parte al contacto con el blanco y en mayor grado aún por las condiciones geográficas, ya que las tierras que ocupan los indígenas comprenden regiones climatéricas bien diferentes entre sí. Mientras la hoya el Catatumbo tiene una lluviosidad que pasa de los 5.000 mm. anuales, colocándose así como la región más lluviosa del país después de la zona del Chocó (7.000 mm. anuales en promedio), la serranía de Perijá y Motilonos, en las inmediaciones de Becerril y Codazzi, no alcanza ni a los 2.000 mm. anuales. Cuando las tierras del

Catatumbo y sus afluentes, en la parte inferior son bajas, cenagosas y malsanas, de temperaturas elevadas y creciente humedad ambiente, las de la mencionada sierra de Perijá y Motilones son secas, altas, con una temperatura suave y con un clima que se vuelve estacional por la influencia de los alisios que soplan del nordeste. (Las serranías tienen en estos puntos una altura máxima de 2.500 metros sobre el nivel del mar). Durante la época en que soplan los alisios, la región se ve libre de mosquitos y de zancudos, los cuales, por otra parte, existen en cantidades mínimas toda vez que la constitución misma del suelo no permite la formación de ciénagas o pantanos.

* * *

Queremos hacer un paréntesis para comentar algunos párrafos del artículo “La Nación Motilona” ya mencionado y que dice así: “Consta en este documento, que pocos días después del 28 de diciembre de 1912, luctuosa fecha en que tuvo lugar el terrible ataque al campamento agrícola que mantenía Basilio Cuéllar en el punto del “Tarra”, Municipio de La Palma (hoy Hacarí), y en que pereció casi todo el personal de trabajadores, pues sólo se salvó uno, fueron capturados por el Comisario Jefe de la Sección 5ª de la Gendarmería Nacional de Teorama, tres indios que pasaban por allí, “seguramente extraviados –dice el Informe el Prefecto– pues se supo que habían salido por la vía de San Calixto”.... y traídos a la Prefectura en donde se verificó el examen lingüístico.

“En el artículo que bajo el título “Investigaciones sobre la lengua de los indios Motilones y de los Hacaritamas” publicó HACARITAMA en su edición del 26 de julio de 1936 (números 16-17), constaté: que el hecho de haberse verificado la captura de los indígenas a raíz del desastre del campamento de Basilio Cuéllar, la indumentaria que portaban y tener recortado el cabello, no dejaban duda de que los tres indios remitidos pertenecían a la nación Motilona, pero esto no podía testificarlo sino su lenguaje, por ser muy semejante al aspecto físico entre goajiros y motilones.

“Aunque les tomamos a estos indios algunas palabras de sonido y significado idénticos a los de los el goajiro –dije en aquel escrito– pudimos convencernos de que no hablaban esta lengua...” (6, 503).

Precisamente a esta parte del artículo queremos referirnos, pues en él aparecen algunas palabras, como lo anuncia su autor, tomadas a los

indios que él consideró como Motilones y por tanto como Karib. Hemos hecho, por nuestra parte, una pequeña comparación de algunas de esas palabras con los dialectos arawak arrouague, piapoco, baré, baniva, consultando la obra de Crévaux, Sagot y Adam (13). Para una mayor claridad pondremos primero las palabras tomadas por el señor Páez, comparándolas con los dialectos arawak, inclusive el guajiro con que las compara el estudio aludido y que son las mismas que trae Rafael Celedón (12). Luégo, presentaremos las mismas palabras que tomamos en nuestro viaje a Motilonia, comparadas con algunos dialectos karib, inclusive el Opón-Carare, y cuya bibliografía la presentaremos en el estudio que publicaremos en la Revista del Instituto Etnológico Nacional. Las palabras que van con mayúscula, son las recogidas por Páez.

Ojo UOI ou, (Guajiro); dakouchi (Arrouague); noutoui, mon oeil; pitoui, ton oeil (Piapoco); nouiti (Baré).

Diente UARI dari, ari, dari, mon dent (Arrouague); iesi, dents (Piapoco); ari (Guajiro); narsi, mes dents (Baniva).

Cabeza UEKI ki (Guajiro).

Nariz UECHI ichi (Guajiro); nouiacou (mon nez) (Piapoco).

Mano UAJAPO japo (Guajiro); dakabi, dakapo, ukkabou, dakkabou (ma main) (Arrouague); noncapi (Piapoco).

Uña UAPATAUS patau (Guajiro); ouaouba (Piapoco).

Plátano PLAN NA para pra (Guajiro); platena, pratanna (banano) (Arrouague); paratouna (Piapoco).

Estas mismas palabras en motilón, comparadas con los dialectos karib y según la transcripción que de ellas hicimos entre los indios de las parcialidades de San Jenaro y San José, las transcribimos a continuación:

Ojo yino; cheu-je (Opón-Carare); yeure (Uayana); yenúru (Apalai); enúru, yeuru (Roucouyenne); enúlu (Caraib insular); enur (Cumanagoto); emuru (Guaque).

Diente jot jór-i-de (Opón-Carare) y-eré (Uayana, Roucouyenne) jereu (Apalai); yere, yeri (Galibi); ieri (Caraib insular); yeri (Carijona, Cariniaco).

Cabeza ju-wasat; yu-uhde (Opón-Carare); jutuye (Guaque); outouhé (Carijona); itépuru (Roucouyenne); pulipo, putpo (Cariniaco).

Nariz yí-nachik; chéna-i-ño (Opón-Carare); yenari, mi nariz (Bakairi); yonnari, mi nariz (Maquiritaré); yeuná (mi nariz (Taulipang); tu-nare (Kri-chaná).

Mano yí-mat; cheina-ño (Opón-Carare); yemali (Apalai); yamoré (Roucouyenne); emia (Cumanagoto); yamuru, brazo, mano, dedo (Roucouyenne); ad-aniarí (Cariniaco).

Uña yi-makstuk; oina-ochíyito (Opón Carare); fisí (Oyampi).

Como puede verse, las palabras recogidas por el señor Páez pertenecen a un dialecto arawak, mientras las recogidas por nosotros en el grupo del norte, son típicamente karib. No entramos a dilucidar, con tan escaso material como tenemos, si una tribu arawak permanece en territorios karib. Únicamente presentamos estas comparaciones escuetas.

(Por dificultad de signos lingüísticos, no damos la fonética exacta).

Se ha querido atribuir a la Conquista el hecho de que los Motilones se hayan convertido en un pueblo guerrero, indómito, inasequible a todo conato de reducción o pacificación, agresivo e inhospitalario, que no sólo no admite en el seno de su comunidad espacial al blanco (llamamos de esta manera a toda persona que para ellos es un extranjero), sino que, por motivos de su misma organización social, se adentra en las zonas de influencia de éste, en són de guerra.

Es difícil en nuestro caso llegar a establecer hasta dónde esa conquista, efectiva o frustrada en parte, pudo intervenir en el sistema de vida, en el orden político y en la manera de actuar de este pueblo, ya que su historia la conocemos sólo a partir de la Conquista, y ello muy fragmentariamente, pues durante años y años perdemos el hilo histórico, posible de reconstruir sólo por relaciones orales recogidas por misioneros y viajeros. Conocemos a los Motilones más de cerca, desde que el alemán Ambrosio Alfinger arrasó las provincias del Valle de Upare (actual Valledupar), haciendo que las tribus que llegaban hasta aquellas sabanas bañadas por el Cesar, se retiraran a las montañas, abandonando para siempre los apacibles valles del Magdalena. Sin embargo, a través de las Crónicas, muy poco hemos podido saber acerca de su organización como nación, como conjunto tribal que es. Se ha hecho legendaria su fiereza, pero no se conocen las causas de la misma, y a esto se agrega el que siendo, como son, un grupo cultural y lingüísticamente karib, este sólo hecho los mostraría como bárbaros feroces, toda vez que la palabra caribe, por mucho tiempo, fue sinónimo de antropofagia.

Hay también quienes atribuyan esa beligerancia guerrera de la nación motilona a cuestiones de orden amoroso con la violación de una indígena por un blanco. Esto nos aclararía un caso particular de una

tribu cualquiera en un momento determinado, pero nada nos diría respecto al orden general.

Cabe, pues, preguntarse si en realidad son éstos los factores o móviles necesarios que los llevaron a constituirse en un grupo eminentemente guerrero, a declarar una guerra permanente al blanco y a evitar por todos los medios posibles su contacto, internándose cada vez más dentro de la selva y retirándose a los lugares más escarpados “a donde el burro del blanco no llegue para que no llegue el blanco”. Nuestra opinión, aseverada por la objetividad de una visita a dos de los grupos motilonos, es la de que, si esos factores –conquista y violación– han influido en parte, no son las causas determinantes de su carácter belicoso que más bien depende, como lo anotamos al principio, de su organización interna particular.

Como lo dijimos en los párrafos anteriores, tuvimos la buena suerte de penetrar en los dominios de los indígenas motilonos –quienes así mismos se denominan *yúko*– y de permanecer por espacio de algunos días entre los miembros de una de las comunidades o tribus, tiempo en que, fuera de cierto temor por parte y parte, y de pequeños incidentes, nada ocurrió de importancia que pudiera turbar la paz entre ellos y nosotros.

Realizamos el intercambio de nuestras mercancías por objetos etnográficos, uno de los fines primordiales de esta expedición, y cuando una de las tribus vecinas quiso intercambiar con nosotros sus objetos, y algunos de sus hombres se atrevieron a llegar hasta el grupo a donde estábamos, antes de que fueran avistados ya los indígenas con quienes vivíamos estaban informados de su cercanía (por un sistema de comunicación que consiste en ir pasando la voz de rancho en rancho por medio de gritos especiales), y, cuando aparecieron, todos los varones de la tribu tomaron su arco y sus flechas y algunos se situaron detrás de la palizada que defiende la casa del más anciano del grupo –que a la vez es la más grande del poblado–, observando y esperando el momento del ataque o de la defensa. Cuando visitamos la otra tribu y propusimos quedarnos entre ellos un tiempo, se acordó que los hombres de la primera tribu llevarían los equipajes hasta un punto determinado, intermedio entre las dos comunidades, y que, después de retirarse, los hombres de la segunda llegarían hasta allí para recogerlos y transportarlos hasta su poblado.

Esta situación nos hace ver claramente la existencia de un estado de guerra permanente entre las distintas fracciones que forman el gran

grupo Motilón. Naturalmente, con tan pocos días de permanencia entre ellos es difícil dejar aclarado definitivamente tal situación bélica y llegar a explicar el fenómeno social concretamente. Los datos que poseemos son los siguientes: Estos indígenas, hasta donde pudimos observarlo en aquellos días y como los hemos corroborado más tarde, son un mismo pueblo con una lengua común y que poseen por igual los mismos elementos de cultura, con algunas variantes en lo que toca a la técnica, dadas, más que por ninguna otra causa, por el contacto con el blanco (por ejemplo la utilización que algunos grupos hacen del metal –machetes, cuchillos, zunchos, etc.–, los cuales tratados con fuego y elaborados pacientemente con dos piedras, una que hace de yunque y otra de martillo, sirven para fabricar las puntas de sus flechas que, antiguamente, y actualmente entre aquellos que tienen menor o ningún contacto con la civilización, eran y son fabricadas de macana o de hueso). Su uniformidad lingüística fue comprobada en las tribus que visitamos. Luis R. Oramas la comprueba también al afirmar que “...el estudio comparativo de las voces que de estos indígenas hemos recogido, nos ha demostrado una misma identidad de lenguaje con una que otra variante de dicción”. (5, 16). A nuestro regreso tuvimos oportunidad de corroborar lo anotado en nuestro viaje, por comparación que hicimos con algunos dialectos del grupo Motilón publicados en diferentes revistas (10, 221-225; 8, No 9, 132-134; No 10, 152-154; 6, 503-504). También su unidad cultural pudimos comprobarla con elementos existentes en el Museo del Servicio de Arqueología.

Dada esa unidad lingüística y cultural (no hablamos de la unidad antropológica, pues no nos fue posible hacer un estudio antropométrico como hubiera sido nuestro deseo. Además, parece establecido que existen dos clases de Motilones: unos de estatura alta y otros de estatura baja. De estos últimos era la tribu que visitamos) dada esa unidad, decimos, ¿cómo podría explicarse entonces el estado de lucha entre sí? No podemos afirmarlo rotundamente, pero una vez más lanzamos la posibilidad de que él depende de su organización social interna.

Un caso parecido al de estos indígenas lo encontramos entre los indios del Opón y del Carare, también perteneciente a la familia lingüística karib (7, pp. 65 y 69) (pudimos comprobarlo personalmente con estudio comparativo que de este dialecto hicimos con algunos de los dialectos de la familia karib, estudio que se publicará en la Revista del Instituto Etnológico Nacional). Respecto de estas tribus dice Francisco Andrade lo siguiente: “Penetró” –Bartolomé Hernández– “a la

parte comprendida entre los ríos Opón y Sogamoso, que era la más poblada y a donde había diversas parcialidades llamadas los guacamaes, arayas, tolemeos y tapoyos. Todos tenían las mismas costumbres y hablaban la misma lengua. Estas parcialidades vivían en constante lucha unas con otras y Hernández hizo que se firmaran paces y se transaran las diferencias, lo que se llevó a cabo en el valle que llamamos de la Paz, nombre que conserva ahora la cordillera cortada por el río Sogamoso y que es continuación de la de los yariguíes”. (1, pp. 568, 569).

A pesar de esta paz de que nos habla Andrade, las luchas entre las fracciones de los Opones y Carares continuaron, así como entre éstos y los colonos, con la consecuencia de que son muy pocos los indígenas supervivientes que quedan en los que fueran aquellos grupos, como pudimos observarlo en las expediciones que a la región llevamos a efecto en los meses de septiembre y diciembre del año próximo pasado.

Hemos traído a cuento este ejemplo, no sólo por la semejanza de las circunstancias, sino también y especialmente porque hay una gran similitud lingüística y cultural entre los Motilones de una parte y los Opón-Carare de otra, los que, también como los primeros pusieron en jaque a los colonos y a los comerciantes que efectuaban la navegación entre Bocas de Carare y San Fernando en la vía que de Vélez iba al río Magdalena.

Unas citas más nos darán mayor seguridad respecto a la situación que acabamos de describir: El señor Luis Striffler, quien recorrió gran parte del país estudiando la mineralogía colombiana, en un viaje que hizo a la Sierra Nevada de Santa Marta en el año de 1876, recogió varias relaciones de los colonos de la zona de Valledupar referentes a los indígenas de que nos ocupamos. Una de ellas relata la lucha de dos tribus en un poblado de blancos, en la siguiente forma: “Los indios que acababan de llegar mataron a sus compañeros... indios que mataban a indios... tanto el hijo como la madre estaban degollados por mano de indio... De la tribu no quedó nadie y las casas que tenían en la sierra fueron incendiadas”. (9, p. 103).

En un informe misional, el padre Fray Camilo de Ibi, quien intentó la evangelización de los motilones en el segundo decenio de este siglo, dice lo siguiente: “A los indios de Sitiomanso y El Rosario los visita su maestro, señor Lázaro Montecristo, por lo menos cada quince días: este señor trabaja todo cuanto puede por unir esas dos parcialidades con las de Espíritu Santo, Fernambuco, Sicarare y Casacará, para que en primer lugar se amen como hermanos y de este modo

desaparezcan tantas muertes como entre ellos se cometen y en segundo lugar, para que, cuando llegue la hora de fundar el Orfanato, no tengan inconveniente estas parcialidades en llevar sus hijos a dicho Orfanato, aunque estén en él los hijos de las parcialidades que fueron enemigas”. Y más adelante: “...pues cuando en el Avemaría o en cualquier otro lugar se han encontrado dos parcialidades que antes se odiaban de muerte, ahora nada ha sucedido entre ellos”. (3, pte. 4^a, p. 157).

Vemos, pues, cómo un indio de otra tribu, de otra parcialidad, mejor dicho, es para el motilón un enemigo. También el blanco, que en su lengua se denomina *watíya*, es un extraño y un enemigo. Observando un diccionario geográfico del país, escrito a fines del siglo pasado, leemos en lo referente al pueblo de Espíritu Santo, nombre de la actual población de Codazzi: “...queda en la importante comarca de Motilones... sus moradores se dedican con gran trabajo, por el estado de inseguridad proveniente de los indios salvajes, al cultivo de la caña de azúcar...” (2, p. 98). Y ésta era, datos más, datos menos, la historia de cada una de las poblaciones que se habían asentado en la región de los Motilones. Por ejemplo, el pueblo de Becerril en los siglos pasado y principios del presente, nos habla muy claro de lo que han sido estos indios, pues en varias ocasiones fue destruido el poblado, arruinada su economía por destrucción de las sementeras, por la quema de las casas que son siempre de techo pajizo y de bahareque, y por la muerte de sus habitantes en ataques directos de los indios o en emboscadas, cuando se dirigían al río Maraca, distante unos dos kilómetros de la población en busca del agua necesaria para los oficios domésticos, o a tomar un baño.

Había en aquellos lugares, pues, una situación de alarma, por los continuos ataques y muertes provocadas por los indios. Es de preguntarse ahora si todo ese inquietante estado de vida era debido únicamente al carácter belicoso de los naturales o, si por su parte los blancos, los colonos diríamos mejor, no han tenido una participación y no han sido culpables del mismo en un buen porcentaje. Nos encontramos en una dificultad para comprobarlo, toda vez que las relaciones son hechas generalmente por los mismos colonos, los que divagan más sobre las atrocidades que los indígenas cometían y cometen, que de sus propias barbaridades en las personas o en la organización de los mismos. Lo cierto es que ha existido una lucha, una verdadera guerra a muerte entre el colonizador que avanza a la conquista de tierras nuevas y el

indio que habita los territorios limítrofes, lucha que, en mayor o menor escala se ha presentado y se presenta en las partes del territorio colombiano que no habían sido colonizados y en donde quedaron los restos que la Conquista y la Colonia dejaron de los antiguos habitantes, con graves caracteres, toda vez que año por año el indígena se ve más y más limitado en la posesión de sus tierras.

Striffler en la obra citada trae varias relaciones de los colonos que en el siglo pasado comenzaban a dominar esas selvas y a establecer centros de ganadería en las vertientes de la cordillera y en los valles cercanos a las mismas. Naturalmente, esas son tradiciones orales recogidas por el mencionado señor a las cuales no podemos dar el crédito de la objetividad, pero sí podemos considerar como cierto ese estado de mutuo odio y de venganza mutua entre el colono y los indígenas. Indio avistado, según la relación citada, era indio muerto; y blanco —en este caso generalmente negro— que se aventuraba a internarse en determinadas regiones, recibía el pago en la misma moneda.

A nuestro modo de ver, una de las causas que contribuyeron a esta tirantez, fue la emancipación de los esclavos, pues éstos, viéndose desarraigados de las tierras de sus señores en donde ejercían los oficios de agricultores o de ganaderos, buscaron las tierras baldías para establecerse, tierras que, precisamente, eran de posesión de los indígenas por tradición, por ocupación de años, de siglos posiblemente y que no estaban cultivadas por la simple razón de que estas tribus no son sedentarias en el sentido estricto de la palabra, sino que viven de la caza y de la pesca y de unos pequeños cultivos. Este hecho que dejamos anotado, explicaría por lo menos el desprecio que el indio motilón siente por el negro con el cual tiene un resentimiento mayor que para con el blanco como lo observamos en nuestra expedición. Además, está corroborado por el hecho de que la colonización que se efectúa en los tiempos actuales, está constituida por familias de color.

Otra de las causas que podemos sentar es la de que se realizaron durante el siglo pasado y el presente, varias batidas de carácter oficial o semi-oficial que tenían el encargo de acabar con el indio. Hasta tal punto, que muchas de las armas con que contaron los revolucionarios de las guerras civiles últimas en el Estado del Magdalena, eran fusiles que el gobierno había enviado con el único fin de servir en la lucha con los indígenas. Se relata el caso de un cacique que fue llevado preso al Espíritu Santo y muerto sin fórmula de juicio, como castigo por sus fechorías y las de su tribu.

Pero esta situación –para bien o para mal del indígena– va desapareciendo lentamente. El informe misional que citamos en párrafos anteriores reza lo siguiente: “Desde entonces, Ilustrísimo Señor, para los habitantes de Codazzi, La Paz, San Diego, Becerril y La Jagua ha comenzado una era de paz, sosiego, bienestar y progreso indescriptibles. Desde aquella fecha transitan los moradores de aquella región por los caminos, sin sobresaltos ni recelos, y desde entonces es cuando están talando el bosque y sembrando los campos... Otro beneficio que han recibido” –las poblaciones arriba mencionadas– “es el fomento de la cría de ganado, antes nula, por el pavor que les infundía la sola presencia de un indio motilón. Hoy se cuentan más de 20.000 cabezas de ganado que tranquilamente se apacientan y engordan en aquellas envidiables sabanas”. (3, pte. 4ª., p. 155).

El cambio empezó desde que la Reducción efectuada por el general Lafaurie dio la posibilidad a las misiones católicas de penetrar en el territorio, permitiendo a la vez el establecimiento de maestros que con relativa frecuencia iban a visitar a los indígenas y a ofrecerles presentes para mantenerlos pacíficos. Desde entonces los colonos de Becerril (hablamos de este pueblo porque fue el que más conocimos) no han vuelto a tener reyertas armadas con los motilonos, sino que en un principio comenzaron a atraerlos con regalos que dejaron en los caminos por donde posiblemente transitaban, y más tarde fueron atrayéndolos a los poblados y entablando relaciones con ellos, relaciones muy amistosas en las que el indio es tratado con todas las consideraciones. Claro está, y esto a nadie puede ocultarse, que esta política de benevolencia con el indio está encaminada a mantener en paz la región para evitar las devastaciones de estos pueblos salvajes. El hecho de que haya en ello un interés, no implica, por otra parte, una explotación del indígena por el momento.

Tenemos, así, dos aspectos humanos en las regiones que han sido o son dominio de las expediciones de los motilonos: el indio y el colono, dos fuerzas antagónicas, toda vez que los segundos van limitando la influencia de los primeros, obligados por la necesidad de nuevas tierras para plantaciones, para explotaciones forestales o para establecimiento de haciendas ganaderas que es para lo que parecen ser más propicias esas sabanas. Muy claramente lo dice el informe el padre de Ibi cuando afirma que “otro beneficio que han recibido es el fomento de la cría de ganados...”. Consideremos entonces cada uno de estos aspectos por aparte:

1°- El indígena

Los indígenas poseen todavía tierras abundantes, suficientes para sus necesidades, pues dominan íntegramente las sierras de su nombre y las de Perijá. Los solos habitantes del Maraca (hablamos del ángulo formado por el río Roncón y el Maraca, en la sierra) poseen, según estimaciones y sólo en sabanas unos cincuenta kilómetros cuadrados de tierras feraces, propicias para la ganadería o para la agricultura, pues se ha calculado que en esas sabanas podrían pastar unas dos mil reses. Se hicieron, además, buenos ensayos, con resultados satisfactorios de cosechar en esas tierras granos, trigo, cebada, maíz, legumbres, guisantes, frisoles, habas, lechugas, cebollas, melones y aún más, la uva silvestre. En general, esas tierras no carecen de agua aunque aparentemente lo parezca, pues se encuentran situadas entre los ríos Roncón y Maraca, éste último muy rico en pescado, y son muchos los arroyos y quebradas que en ellos desembocan.

Pero con todas las ventajas que el campo presenta, la agricultura no corresponde a la feracidad de la tierra. El indígena, por razón de su misma organización de pueblo cazador y pescador por excelencia, limita su trabajo agrícola al reducidísimo cultivo de pequeñas parcelas en las que siembra maíz, frisoles, muy esporádicamente, yuca, patata, malanga, plátano, caña de azúcar en muy pequeña cantidad y papaya. Sin embargo, la base definitiva de su alimentación está constituida por el maíz y la ahuyama. Hay que recorrer extensiones considerables de terreno para encontrarse con una pequeña labranza, y a pesar del contacto que con el blanco han tenido a través de la Conquista, de la Colonia y de la República por las misiones católicas y los colonos de sus vecindades, su técnica permanece casi idéntica a la de hace siglos, y sus elementos de trabajo son los mismos rudimentarios de los conocidos en la época de la Conquista. El único aporte nuevo a su civilización material han sido los machetes y cuchillos que tienen entre ellos un valor inapreciable y que tienen la doble utilización de elemento de trabajo y de materia prima para la elaboración de las puntas de sus flechas; tampoco han incorporado definitivamente nuevos productos agrícolas para su alimentación. Agreguemos a esto, el que el indígena de por sí es poco dado al trabajo agrícola, ya que su ocupación principal consiste en la elaboración de las flechas para sus excursiones de caza y pesca, correspondiendo al hombre sólo la roza del monte, mientras que la mujer tiene que cuidarse del cultivo, de la cosecha y de la recolección de los frutos, en los que es ayudada esporádicamente por el hombre.

Hemos dicho que son un pueblo cazador y pescador y ello dejaría aclarado el problema. Pero tenemos que aclarar que los poblados que visitamos realizan ya, en muy contadas ocasiones estas expediciones que les dan lo esencial de su alimento: la carne; tan limitadas que podemos decir que se reducen a lo que ocasionalmente puedan cazar o pescar cuando van de camino. Naturalmente hay ligeras excepciones, porque puede verse de cuando en cuando un indio con su familia en cacería, en la cual se pasan hasta varias semanas, haciendo provisiones de carne, la que guardan por el sistema de ahumado con parrillas de madera, ya que no pueden conservarla salándola porque carecen de este elemento. La pesca entre estos grupos también se ha vuelto ocasional, muy a pesar de tener los instrumentos adecuados para ello: el arco, y arpones de varias clases. Esto último tiene una explicación: El pescado que se encuentra en los ríos Roncón, Maraca, César, etc., viene todo de la ciénaga de Zapatosa, que a su vez surte de pescado el Magdalena. El pescado, en determinadas épocas sube por los ríos que desembocan en el César, hasta donde el declive del cauce se lo permite. Pero al indígena no le van quedando sino las partes altas de estos ríos a donde difícilmente llega el pescado y ya muy disminuido en cantidad por el sistema de pesca con barreras que se efectúa en las poblaciones que se encuentran en las partes bajas de los ríos, más cercanos a la Ciénaga. La caza, en cambio, no presenta estas dificultades. Al pie mismo de las habitaciones se encuentran animales de caza en abundancia.

Tenemos que tomar en cuenta, para el descuido de la agricultura la escasísima densidad de población, pues en cinco comunidades se calculaba en el segundo decenio del presente siglo una población total entre hombres y mujeres, incluyendo los niños, cuatrocientos setenta y dos habitantes (472), con la casi plena seguridad de no alcanzar a una densidad de 1 habitante por kilómetro cuadrado.

En resumen, tenemos para los indígenas:

- a) Abundancia de caza y pesca por lo menos suficiente;
- b) Una densidad de población muy baja;
- c) Abundancia de tierras propias para cultivos de diversas clases y para la ganadería;

Pero también:

- d) Una técnica rudimentaria;
- e) Una organización social de pueblos pescadores y cazadores que impide en gran escala una verdadera utilización de la mano de obra varonil en los trabajos agrícolas;

- f) Falta de preocupación por el futuro que se traduce en un no alma cenamiento de productos contentándose con adquirir la alimentación del momento; y
- g) Dificultad de dedicarse a la cría de animales domésticos por el peligro que presentan las fieras.

2° – *El Colono*

La colonización en nuestro país podemos dividirla en dos etapas. La primera se inicia prácticamente con el Descubrimiento y avanza más fuertemente a través de la Conquista y especialmente de la Colonia. En esta primera etapa se encausa la colonización a aquellos lugares en que la minería, que da un rendimiento económico más rápido y seguro es de fácil explotación, y se mueve acelerada por un sistema de explotación con mano de obra esclavista, y descuidando, con graves perjuicios en gran parte la agricultura que se limita a las regiones geográficamente más fáciles, como las sabanas de clima suave. La segunda etapa comienza años después de la Emancipación de los esclavos, un poco avanzada ya la segunda mitad del siglo XIX y si en ella predomina también una tendencia a la minería, empieza sin embargo la verdadera colonización agrícola del país con ella. Una de las causas de esta colonización es, seguramente la escasez de tierras o el escaso rendimiento de las mismas en regiones que se van haciendo densamente pobladas. Ya anotamos cómo otra de las causas el desarraigo de los negros esclavos que en su mayoría se vieron en una situación de verdaderos parias con la liberación.

Con la colonización surgen nuevas regiones y nuevas fuentes de riqueza para el país, que antes permanecían ignoradas o por lo menos inexploradas. Naturalmente las tierras que reciben las últimas invasiones corresponden a aquellas en donde los obstáculos naturales o de otra índole, son más fuertes. En todo el país, en los últimos años, puede observarse una fuerte ola de colonización (Opón-Carare, Nariño, Cauca, Putumayo, etc.), y ese es también el caso del Magdalena y especialmente de la región adyacente a los Motilones.

No es que esa colonización del Magdalena no se hubiera intentado. Sí, y en varias ocasiones, pero los ataques continuos de los indios habían impedido la estabilización de esos centros de avanzada. El hecho es que desde los primeros años de la Colonia ya se había intentado con fines económicos, por medio de la reducción de las tribus motilonas

que se hallaban en las vertientes del Golfo de Maracaibo, para “...recuperar de ellos las cuantiosas haciendas de cacao que hiciesen convalecer”, el arruinado comercio de la ciudad y provincia de Maracaibo y porque “La provincia de Maracaibo padecía por los motilones y otras naciones infieles que habitan y ocupan las fértiles tierras abundantes de cacao, e impiden el tránsito causando gastos e incomodidades al comercio y viandantes” (14, pte. V. pp. 14).

Siguiendo la lectura de las Relaciones de Mando, nos encontramos más adelante con lo siguiente: “Estos fueron los motivos que me estimularon”, –el que las misiones no correspondían en su adelanto a las erogaciones que ellas implicaban– “a promover a mi ingreso” –habla don Manuel de Guirior– “en este reino la reducción de los indios bárbaros motilones, muchas veces intentado en los gobiernos anteriores; ya para remediar las muertes, los robos y tiranías que impunemente causaban a los que navegaban el río San Faustino o transitaban por la montaña de bailadores con todo lo concerniente al paso de la provincia de Maracaibo que tenían ocupado; y ya para que reducidos a pueblos y a nuestra amistad viviesen cristiana y pacíficamente cultivando aquellas feraces tierras que producen abundantemente cosechas de cacao y otros frutos comerciales por la cercanía del puerto de Maracaibo y fácil conducción de los ríos que tributan a su laguna” (14, V. 126-7).

Se había confiado a don Sebastián de Guillen “el reconocimiento y entrada a las habitaciones de los indios” y este señor dio relación al Virrey en un informe de “Las proporciones ventajosas que ofrecía la empresa y sobre todo las disposiciones de los indios motilones, que lejos de oponerse apetecían la amistad, deseaban abrazar la verdadera religión y ofrecían poblarse, facilitándoseles los medios conducentes prometiendo entre tanto no causar hostilidad alguna, como la verificaron, saliendo frecuentemente de paz a nuestras poblaciones donde se les ha recibido bien y regalado lo que más apetecen”.

Se reunieron para el efecto once mil pesos y se envió al mencionado Guillén para que en el menor tiempo posible, procediese a formalizar las poblaciones, iniciar los sembrados, construir las habitaciones y fijar los indios, estableciendo los pueblos de tal manera que quedaran en los caminos que servían para el comercio con el fin de vigilarlos más de cerca y tenerlos sujetos valiéndose de algunas tropas para infundirles respeto y acudir a la defensa en caso necesario.

En julio del mismo año Guillén dio cuenta al Gobierno de su penetración en las montañas y del afianzamiento de la amistad de los indios

“hasta quedar todos reducidos y concluida la pacificación de la nación motilona... sin quedar otra cosa que su reducción a pueblos” (14, V, 127-128). Esto dio motivo para una nueva erogación con el objeto de continuar su reducción y no malograr esa oportunidad que sería difícil de volver a obtenerse. Pero don Manuel de Guirior no se sintió muy seguro de esa pacificación, tal vez por las experiencias pasadas, y propuso que se procurara establecerlos cerca de poblados españoles y “por donde se transite con frecuencia, para que asegurados de este modo y vendidas las tierras que ahora ocupan y sembradas, no pueden ya tener esperanza de fuga y se vean precisados a vivir sujetos como ha sucedido en las demás reducciones” (14, V, 128).

Como se ve, el sistema de reducciones propuesto por los virreyes no era el más humano. Se trataba en pocas palabras, de desalojar a los indios de sus territorios, de dispersarlos, desarraigándolos, para evitar así su concentración en grupos y eliminar cualquier intento de ataque por su parte. Se buscaba un aumento de mano de obra en las plantaciones de cacao y un mayor rendimiento de éste, para el comercio de Maracaibo, mano de obra que trabajaría en las pésimas condiciones que correspondían a la Encomienda. Además, hay que hacer la observación que en aquella época y por mucho tiempo después, el cacao constituyó uno de nuestros grandes renglones de exportación que luego vino a menos, no sabemos por qué causas.

Pero, como lo vimos anteriormente, no son esas las reducciones que se han hecho. Por parte de nuestro Gobierno parece que se han intentado varias, todas por petición de los colonos de Valledupar, Becerril y demás poblaciones de esa zona, para acabar con la constante amenaza de los indios y poder dedicarse pacíficamente a sus trabajos. Si ojeamos de nuevo el Diccionario Geográfico leemos: “Motilones: Esta extensa porción es una de las que constituyen el Territorio Nacional de la Nevada i Motilones, i la parte más importante de esas comarcas, compuesta de cordilleras, llanuras i bosques riquísimos; pero el estado de constante alarma en que vive la jente civilizada por las agresiones de los indios salvajes, no permite el establecimiento de industria alguna”. A raíz de esta situación descrita por Esguerra, se llevaron a cabo las reducciones de las que no hablaremos para no alargarnos. En el presente siglo se llevó a cabo una nueva, por el general Lafaurie, quien realizó cinco expediciones no encontrándose con los indios hasta la cuarta y contentándose con verlos a cierta distancia, apoderándose de los objetos que aquellos habían dejado abandonados en la rancharía. En la quinta expedición,

los indios se dejaron ver más de cerca y lograron entonces los expedicionarios intercambiar y regalar algunas cosas a los indígenas (4).

Más tarde el vicariato apostólico de Codazzi que había intervenido en esa Reducción, envió a los padres Tomás de Orihuela y Fray Carlos de Benisa, quienes visitaron la rancharía de la Divina Pastora en la que fueron bien recibidos por los indios, dedicándose en estas visitas a afianzar la amistad y a recoger el material para elaborar la gramática de los Mutilones. En 1914 el padre Orihuela bajó a Codazzi con cincuenta indígenas y más tarde los indios comenzaron a bajar semanalmente al pueblo para proveerse de los objetos que les eran necesarios. Después, se retiraron definitivamente.

El carácter de estas reducciones es ya más humano. Se busca un contacto con los naturales para firmar una paz, para buscar una amistad con ellos y dar así al colono la facilidad de realizar su trabajo con menos obstáculos, evitando que aquellos invadan sus territorios a sangre y fuego, pues aún en enero del año pasado, cuando nos encontrábamos realizando nuestros estudios, una migración de estos indígenas del Catatumbo se dirigía al Norte, por los lugares menos poblados, posiblemente en su nomadismo de caza y pesca y en su viaje ya habían dado buena cuenta de dos o tres colonos de la región de Chiriguana. Naturalmente, con esta situación, el agricultor, el campesino en general, tiene en peligro no sólo economía sino su propia vida.

La colonización que se efectúa en los lugares a que nos referimos tiene una explicación toda vez que esas tierras son extensiones considerables de sabanas propias para la cría de ganado y para las plantaciones agrícolas en las vertientes de la sierra. El bosque, por su parte, ofrece productos de gran valor como especies de vainilla, fuera de la quina y minerales de cobre y plata.

Las familias entre los colonos, no son tan reducidas como entre los indios. La familia motilona está compuesta por el padre, la madre —o las madres como que entre ellos existe la poligamia— y dos o tres hijos. La familia de un colono, en cambio (nos tomamos la libertad de llamar así a la gran mayoría de los habitantes de esta región que en realidad son verdaderos colonos) consta de padre, de la madre y de no menos de seis o siete hijos, llegando éstos hasta más allá de doce aunque no sean de una misma mujer, pues también los colonos practican la poligamia de hecho, con relativa frecuencia. El poblamiento entre ellos tiende siempre a au-

mentar, mientras la población entre los indígenas tiende a disminuir, por las constantes luchas entre sí, y por causas biológicas.

En resumen, la situación del colono es la siguiente:

Es una población en constante aumento, con un gran índice de natalidad:

Se compone en su mayoría de desarraigados que buscan tierras para su explotación económica;

A más de las endemias características de la región —malaria, disentería, etc.,— cuentan con el peligro de las migraciones de los indígenas;

Han incorporado definitivamente esa región a la economía colombiana, con las comunicaciones que la hacen desembocar en el Cesar y por ende en el río Magdalena, centro del comercio el país.

Creemos que la lucha que se ha efectuado a través de la historia entre colonos e indígenas, y que se encauza hoy por medios pacíficos, tiende a delimitar las zonas de influencia de cada uno de ellos, a sedentarizar a los indígenas fijándolos en un territorio determinado, evitando de esta manera sus excursiones periódicas perjudiciales para la economía y la vida del colono.

BIBLIOGRAFIA

(1) Andrade, Francisco.— EL ULTIMO YARIGUI. Boletín de Historia y Antigüedades, órgano de la Academia Colombiana de Historia. V. XXXVI, Nos. 355-356, pp. 563-574.

(2) Esguerra O., Joaquín.— DICCIONARIO JEORAFICO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA. J. B. Gaitán, Editor. Bogotá, 1879.

(3) Ibi, Camilo de, Fray. En LAS MISIONES CATOLICAS EN COLOMBIA. Imprenta Nacional. Bogotá, 1919.

(4) P. M.— RELACIONES DE MANDO. Memorias presentadas por los gobernadores del Nuevo Reino de Granada, compiladas y publicadas por E. Posada y P. M. Ibáñez. Bogotá, Imp. Nal. 1910.

(5) Oramas, Luis R.— ETNOGRAFIA VENEZOLANA. Empresa “El Cojo”. Caracas, 1920.

(6) Páez, Justiniano J.— LA NACION MOTILONA. Publicado en Hacaritama, órgano del Centro de Historia de Ocaña, No 83, Vol. VI. Dic. 1941, pp. 485-506.

(7) Rivet, Paul.— LA INFLUENCIA KARIB EN COLOMBIA. Revista el Instituto Etnológico Nacional. T. I. No. 1, pp. 55-87.

(8) Sotelo, Elías M.– LOS MOTILONES. Vocabulario recogido por el señor don Elías M. Sotelo. Boletín de Ciencias Naturales del Instituto de La Salle. Año III, No. 9, octubre de 1915, pp. 132-134, No. 10, noviembre de 1915, pp. 152-154.

(9) Striffler, Luis.– EL RIO CESAR. Relación de un viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta en 1876, por Luis Striffler.

(10) Tavera Acosta, B.– NUEVOS VOCABULARIOS DE DIALECTOS INDIGENAS DE VENEZUELA. Journal de la Societé des Américanistes de París. T. XIII, 1921, pp. 217-232.

(11) Vergara y Velasco F. J.– NUEVA GEOGRAFIA DE COLOMBIA. Bogotá, Imprenta de Vapor, 1901.

(12) Celedón, Rafael.– GRAMATICA, CATECISMO I VOCABULARIO DE LA LENGUA GOAJIRA. –Colección Linguistique Américaine. Tome III, París, 1878.

(13) Lafaurie C., Antonio G.– REDUCCION DE LOS INDIOS MOTILONES. 2ª edición. Bogotá, Imprenta de Juan Casis, 1916.